This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 845.1.31

LA CONQUISTA DE VALENCIA POR EL CID.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL ESPAÑOLA PERTENECIENTE AL REINADO DE ALFONSO SEXTO DE CASTILLA.

TOMO I.

VALENCIA:
POR ILDEFONSO MOMPIE.
1831.

LA CONQUISTA
DE VALENCIA
POR EL CID.

La propiedad de la casa de Monfrí,
del comercio de libros de Valencia.

EL CID.

LA CONQUISTA DE VALENCIA

POR EL CID

Novela Histórica Original

Por Estanislao de Cosca Vayo.

T.º I.º

VALENCIA

Imprenta de Monpie 1831.

Editor Vilanova lo gran

Span 5695.1.31
Harvard College Library
July 1, 1914.
Bequest of
Georgina Lowell Putnam

BOUND NOV 16 1914

PRÓLOGO.

Dedicando el célebre Corneille su hermosa tragedia, *el Cid*, á la duquesa de Aiguillon en 1637, le dice: »Llevad á bien que os presente un héroe cubierto de los laureles que tanta fama le han dado. Su vida fue una serie no interrumpida de victorias: su cuerpo, trasladado por el egército castellano desde Valencia á Burgos, ganó una batalla despues de muerto: y su

nombre, pasados seis siglos, todavía viene á recibir los homenages de la Francia."

Asi habla el inmortal poeta trágico que difundió por su nacion la fama, la gloria y los grandes hechos de armas del paladin mas famoso de Europa. Al nombre de Rodrigo de Vivar enmudecen los panegiristas de otros valerosos capitanes, porque todos aparecen en su presencia deslumbrados por su mágico esplendor. Del mismo modo que contemplado un lucero antes que ria el alba, nos mueve á alabarle con entusiasmo: pero si aguardamos á que el sol muestre su soberana lumbre dorando con

ella los cielos, ¡quien no antepone á la belleza del lucero la incomparable hermosura y diáfana claridad del astro del dia!

Inutil fuera buscar en las historias de las naciones más cultas un adalid que reuna el indómito arrojo y las virtudes del tierno esposo de Ximena. En sus manos el pendon de la Cruz vence por todas partes del poder africano: ríndenle parias los Monarcas de la media luna: lleva atados á su triunfante carroza los Reyes que osan medir con él la espada: atónito el Soberano de Persia le envia presentes y solicita su amistad: el mundo todo, por decirlo asi, á escep-

cion de su patria, le proclama Cid, esto es, Señor. Arde en sus venas el amor patrio con tan levantado brio, que le obliga á emprender arduas conquistas para libertar á España de los árabes, y romper las cadenas con que la tenian oprimida los soberbios vencedores. Su entusiasmo por la tierra que sostuvo su cuna es tan grande, que salta de peligro en peligro, y logra clavar su estandarte en las murallas de Valencia, que era entonces una de las ciudades mas ricas y populosas de España.

Parece que este espíritu emprendedor, este guerrero tan entusiasta debia eclipsar sus bri-

llantes cualidades con grandes pasiones, que son comunmente los lunares que afean las vidas de los héroes. Una imaginacion ardiente, un magnánimo corazon abrasado por el ardor de las batallas y de las arduas empresas, producen facilmente la ambicion y el ciego amor de los placeres. Pero el Cid no solamente fue superior á ellas, sino que por el contrario resplandecieron en su caracter todas las virtudes domésticas y sociales que rara vez campean en los conquistadores. Padre sensible á las caricias de sus hijos, y enamorado esposo de su Ximena, nos presenta un conjunto admi-

rable de elevadas prendas y raro talento, tanto mas digno de elogios, cuanto mas bárbaro era el siglo en que se distinguió el paladin de Castilla.

Es verdad que los romanceros de tal suerte desfiguraron las hazañas de Rodrigo de Vivar, que á fuerza de exagerarlas casi obligaron á sus lectores á creerlas fabulosas. De aqui tomaron pretesto algunos enemigos de las glorias de España, para poner en duda hasta la existencia de este adalid: y por lo menos rebajaron tanto el número de sus proezas, qne el que aparecia antes cual un coloso, quedó reducido á comu-

nes y ordinarias proporciones. No tuvieron presente tales censores las costumbres del siglo en que vivió Rodrigo de Vivar: en él se multiplicaban los prodigios y heroicidades por la sencilla razon de que el talento lo podia todo: y cuando estaba acompañado del valor, le era facil poner en movimiento infinitos resortes. Si hemos de juzgar á los antiguos españoles por nuestros conciudadanos, si hemos de comparar aquellos guerreros con los que viven hoy dia, y solo hemos de reputar posible en los primeros lo que sean capaces de egecutar los segundos, deberemos principiar la historia

de España por el reinado de Felipe III, y sepultar en el olvido los nombres de tantos héroes como resplandecieron en las épocas anteriores. Costumbres mas sencillas que las nuestras, menos amor á los placeres, y el entusiasmo de la caballería que en medio de sus estravagancias es el verdadero origen del pristino heroismo de los castellanos, distinguen uno y otro siglo con tan señalados caracteres, como diferentes son las tribus salvages del Africa de los civilizados y atildados habitantes de las orillas del Támesis y del Sena.

A pesar de las ventajas que

presenta al escritor novelista un paladin de las prendas del Cid, ofrécense dificultades al reducir á un solo cuadro tantas y tan levantadas hazañas. El sitio y conquista de una ciudad encierra los personages en un espacio limitado sin permitir que obren fuera de él: y la falta de variedad en las escenas y descripciones del pais han de suplirse por precision con la pintura de las costumbres, con la hermosura del lenguage, y con inspirar el mayor interes en la narracion. Presente hemos tenido esta observacion al escribir la novela de la Conquista de Valencia por el Cid: y hemos procurado bos-

quejar con cuanta exactitud nos ha sido posible, no solo algunos de los singulares usos de los valencianos, sino tambien la fertilidad y bellezas de sus campiñas.

Por último, cualquiera que sea la opinion que la indugencia del público imparcial forme de este escrito, no deberá echar en olvido el lector que esta novela es original española, y que en toda ella no hay ni un pasage ni una palabra copiada de los novelistas estrangeros.

LA CONQUISTA
DE VALENCIA
POR EL CID.

CAPITULO PRIMERO.

Las ruinas de Sagunto.

Lanzado habian de la soberbia Corte de Castilla á Rodrigo Diaz de Vivar, hijo de Diego Laynez, la envidia y la calumnia en el reinado de Alfonso VI. Pero el audaz Gastellano, cuya invencible espada era terror de Europa, en vez de rendir

homenage á indignos palaciegos para que le tornasen á la gracia del Soberano, andaba de pueblo en pueblo y de Corte en Corte forzando con sus inauditos é increibles hechos de armas á que le rindiesen parias los Príncipes de la media luna. Colocado al frente de un egército valeroso y escogido, con las sienes laureadas, y precedido de la fama que le grangearan sus victorias, mostrábase Rodrigo en los combates como un genio destinado á esterminar la raza salida de las montañas del Imao.

Mas ¿por que se agita mi espíritu al pronunciar el nombre del libertador de mi dulce patria? Paréceme percibir un sordo murmullo en las riberas del Turia: las losas de los sepulcros se levantan y dan salida á las sombras de los héroes edeta-

nos que se apiñan en torno mio para escuchar los rudos acentos de mi lira. No: no es mi cítara la que interrumpe el sueño de los sopulcros: tú, ó Cid inmortal, tu nombre mágico vivifica sus muertas cenizas. Cien y cien trovadores han hecho resonar ya con sus arpas de oro tus altas hazañas bajo de estos verdes naranjos que llueven oloroso azar sobre mi cabeza. Pero ¡ah! sus pechos no estaban encendidos por el amor patrio: y su debil canto espiraba antes de arrancar una lágrima. Venid, héroes de Edeta: venid, vírgenes que habitais dentro de sus muros: ya hierve en entusiasmo el corazon, y vuestros labios deben repetir el himno del trovador.

Calladas estaban las sonantes ondas del mediterráneo heridas apenas

por la trémula luz de los rayos solares que doraba debilmente la cumbre de los montes, á cuya falda fue un dia Saguato. De un lado el mar tranquilo y silencioso deslizaba sus blandas olas hácia la playa, donde espiraban unas tras otras con la misma rapidez con que nacen y mueren los pensamientos en la mente humana. De la otra se veían las ruinas de la inmortal ciudad, los pórticos, las calles y las plazas desiertas, y sin muestras de huella humana que en ellas se imprimiese; todo yacía ya casi oscuro, y como esquivando la lumbre del dia, que habia revelado al mundo la existencia de aquellos escombros. Ni una voz, ni un acento en ellos se percibia: tal vez el ligero zéfiro de la tardecilla osaba mover los mimbres y ma-

lezas que crecian junto á los sepulcros de tantos héroes. No anunciaban sus nombres pomposas y aureas inscripciones, ni la magnificencia de los túmulos denotaba su heroismo. Rotas columnas, y destrozados arcos de algun vecino templo habian rodado hasta alli, y removiendo la tierra que los encubria sacaran al aire los blancos huesos de los sepultos guerreros. Mas allá permanecian en pie dorados altares que humearon un tiempo con la sangre de las víctimas: y parecia que hasta los Dioses mismos que recibieran alli oblaciones, los habian abandonado al silencio y á la destruccion. La cabeza de una mutilada estatua ocupaba el lugar que hollaron los pies del sacerdote: y donde este colocara las sagradas ofrendas, era á

la sazon morada de indignos reptiles.

Aun aparecia semiasolado el coliseo junto al anfiteatro que el tiempo habia respetado de todo punto. El carro de los siglos rodando por encima de las piedras que le muraban, no habia sido poderoso á disputarles su duracion. Intactos estaban los asientos desde donde los valientes ciudadanos miraron á los gladiadores ensangrentados en la arena luchar y reluchar en vano para gozar el bárbaro deleite de hacer espirar á sus plantas á las fieras. Mas á aquellos aplausos, á aquel sonoro y alegre clamor habia sucedido el tétrico silencio de la muerte. ¿Y quien osaria levantar con sus pisadas aquel polvo ilustre, único resto de cien generaciones que se habia tragado la tumba?

El eco de los vecinos montes repite el marcial estruendo de un brioso alazan cubierto de acero desde la frente á las ancas, que levantando su hermosa cabeza y relinchando una y otra vez entra por la puerta del circo. Con el movimiento del caballo suenan las armas del ginete sobre el pavonado paramento que le cubre, y ondea el viento al pendon de la lanza que descansa en la cuja. Martinetes y garzotas de varios colores coronan el yelmo de oro: y sobre una gorguera de anchos follages vienen á caer en desaliñados y polvorosos rizos las rubias crenchas del caballero. Lleva pendiente del tiro y sobre el quijote la espada de plata, despojo de un monarca muerto en descomunal batalla: y brilla en su garganta un collar de

rica orfevrería. El peto y el espaldar son de bronce, y las manoplas de hierro.

Alza la visera el intrépido guerrero como si intentara medir el palenque, ó buscase con los ojos algun obgeto; y cerciorado de que ningun viviente le mira, tiene de las riendas el caballo y salta á la arena. Mas hiere súbito sus oidos el sonoro galope de otro caballo que penetra á la liza sosteniendo á su ufano señor, que al pasar golpea con el cuento de la lanza el escudo del caballero, y corre á tomar un buen espacio del anfiteatro. El guerrero del yelmo de oro se pone de un salto sobre su alazan, empuña las riendas, se cala la visera, y afirmándose en los estribos enristra la lanza.

Dirígense los dos caballeros fieras

miradas por entre las barras de la visera, y haciendo sentir las espuelas á los fogosos animales, se encuentran en descomunal y cerrado choque en medio del circo. Una nube de polvo los envuelve, y acometiéndose á todo su poderío, rompen las lanzas contra los fuertes escudos. Desnudan al punto los aceros; descárganse furibundos fendientes que no hacen mella en las fuertes armaduras; y el relincho de los caballos y la espuma con que argentan la tierra muestran que participan tambien del corage en que arden sus señores. Logra empero, el caballero del yelmo de oro pasar con la punta de su tajante espada el peto de su enemigo, y cae este del caballo teñido en su propia sangre,

y espira antes de haber llegado al suelo.

Don García Ordoñez, conde de Nájera, tenia ojeriza ya tiempo á Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid, y era el opuesto de sus grandes hazañas. Despues de haber intrigado en la Corte para labrar su desgracia, ansiaba el iracundo campeon sepultar en el olvido un nombre que tanta admiracion causaba en todo el orbe. Mas como el Cid cobrara nuevo lustre con las inauditas y recientes victorias que habia ganado á los moros, no pudo el Conde tener á raya su envidia, y envió desde Burgos un camarero á Rodrigo emplazándole solo y hombre á hombre para este dia, y señalando por palenque el circo de Sagunto. Gran-

de gusto dió al Cid el mensagero de Ordoñez, porque ya dias que le andaba brincando en el pecho el propio deseo, y era como venirle á ver el cielo. Acudió pues de grado á la cita, en la que su acero nunca vencido y siempre vencedor, vengó á la vez tantas injurias como habia recibido de su contrario en el espacio de luengos años.

Apeóse el Cid de Babieca, este era el nombre de su caballo, y volviendo á la vaina su ensangrentada *tizona*, llamó con un pito á su fiel escudero Gil Diaz, que le aguardaba una buena pieza de alli con mucha flema y remanso. Correspondió el criado á la señal de su amo, y viendo tendido en el suelo al Conde, esclamó: = Válgame San Lázaro bendito, si no anda á dos dedos

de nosotros Satanás cargando con el alma de este judío.

=Calla, Gil, dijo el Cid, y recoge los despojos de ese malandrin, que mando para el altar de San Pedro de Cardeña.

=Asi tocaré yo, respondió el escudero, un solo cabello á ese endemoniado, como daré un puño en el cielo. Míreme su merced de buen ojo, y no quiera verme entre las garras de los diablos que holgarian conmigo si les usurpara estas alhajas que son suyas.

=Tate, tate, gritó Rodrigo: ¿diablillos hay en la danza? Date paz y sosiego en eso de creer que te acometan estando yo en tu compañia: pues á buen seguro que no me quedaria en zaga. Vamos, despacha, y despoja ese cadaver, que cierra la

noche, y hemos todavía de andar un largo espacio.

=Señor mio, contestó el criado, si alguna ley me tiene su corazon, si se acuerda que le sirvo desde tamañito, hágame merced y buena obra de escusarme este trabajo. Me tiemblan las carnes de ver un condenado, y llevo traza de no poder levantar de aqui los pies. ¡Pecador de mí! ¡que dirán que estoy descomulgado, segun el pavor que me ponen las cosas del infierno!

=¡Vive Dios, esclamó lleno de cólera el Cid, que eres el bellaco mas embaido y tonto que hay bajo la capa de los cielos! ¿Es posible que tolere yo por criado á un necio aforrado de cobarde, con mas barbas que un gigante, y con mas alharacas que una mugercilla? O desnudas al Con-

de de su rica armadura, ó llueven sobre tus espaldas mas palos que estrellas van apareciendo.

La calma que reinaba al principiar el crepúsculo habia cesado, salian de las aguas del mediterráneo los hermosos luceros, y las sombras de los montes se precipitaban á los valles, comunicando á aquellas ruinas un aspecto mas sombrio y magestuoso. Estrelláhanse las olas con estrépito contra la playa, y hacíales consonancia una lejana cascada, que de levantados riscos se despeñaba formando un ruido confuso y horroroso. Atronaba los oidos el derrumbamiento del agua unido al choque de las olas: y el viento que levantaba en remolinos el polvo de los montones de ruinas de Sagunto, producia confusas nubes que á los

ojos del aterrado escudero eran otros tantos espectros. Ya le parecian una procesion de ánimas que vagaba por aquellas tumbas: ya las trasformaba en abultados fantasmas, que segun la voz comun, se ocultaban en los escombros durante el dia.

Mas la amenaza de Rodrigo le habia puesto en corazon de obedecerle venciendo los temores que asaeteaban su pecho. Levanta pues el pesado pie para acercarse al cadaver del Conde caido junto al muro del anfiteatro, y por una parte en que estaba derruido sale súbitamente una colosal figura. Mírala el mísero Gil Diaz, y observa la coroza ó pirámide que agitada por el viento se empina sobre la cabeza del vestiglo: y advierte tambien el color rojo de su ropage.

Santiago me valga, gritó el escudero, y queriendo poner los pies en polvorosa, tropieza con el muerto caballero, y da de hocicos sobre su cadaver. La punta del peto de bruñido acero del Conde traspasa la almilla de Gil, y enzarzado y preso de este modo queda abrazado el vivo al difunto. Cuanto mas pugna y forceja el infeliz por desasirse, tanto mas enredado se halla: y los gritos desesperados que lanza se pierden y confunden con el estruendo de las aguas.

No quedó santo ninguno en el cielo á quien no pidiese socorro el criado bien convencido de que le tenian atraillado los diablos. Y habíasele asentado en la imaginacion esta creencia tan de veras, que no estrañaba una mínima el que su señor perma-

neciese inmovil sin acorrerle y sacarle de aquel mal paso. Asi es, que faltándole de todo punto el espíritu, y sofocado con los esfuerzos que egecutara para alzarse del suelo, se rindió á un mortal desmayo que enteramente le privó del habla y del conocimiento.

Solazábase el Cid con el miedo de su escudero, dándose á entender que todo era efecto de su menguada imaginacion, pues nó habia echado de ver la aparicion del vestiglo que de pie y arrimado á las ruinas daba unas voces que nadie oía. Mas cuando Rodrigo notó que su escudero no hacia ya movimiento alguno, mal de su grado y todo mohino por parecerle que traspasaba Gil los límites del natural temor, se acercó adonde estaba, y asiéndole del brazo tiró

con tanta fuerza, que rota la almilla, logró levantarle.

= Maldito sea, amen, el hombre cobarde, dijo Rodrigo, á quien ponen pavor los muertos.

Y pronunciando estas palabras dió tal embion al pobre Gil, qne le arrojó á una buena lanza de donde yacia el Conde. Con el golpe salió el escudero de su paralisis, y triste y magullado se levantó del suelo como mejor supo. Acercóse pasito á su señor, y abriendo los ojos que el miedo le multiplicaba, tendió la vista por el circo buscando con ella á la malhadada vision que tal revuelta le habia causado. Tornó en efecto á divisar el fantasma que se hacia rajas gritando arrimado á la pared del anfiteatro, de la que no osaba moverse un negro de uña.

Apenas le descubió Gil Diaz, se agarró con todas sus fuerzas al peto del Cid, y le dijo: = A fe, amo mio, que esta vez no he de salir mentiroso por malos de mis pecados. Vuelva su merced los ojos hácia esa parte, y verá un diablo tamañito como la Torre de Babel; y si no es asi, como digo, caiga yo en mal caso.

Volvióse entonces Rodrigo, y respondió: = Por Santiago que se divisa un bulto pegado al muro, y que debe de ser algun malandrin de los que andan poniéndose disfraces para aterrar á las gentes crédulas. Mala ventura le mando como no tuerza el camino, y se desvie del peligro. ¿Fantasmas á mí? ¡Por vida de San Juan, que he de poner como nuevo al malandrin que se atreve á levan-

tar figuras por estos andurriales!

=Señor, señor, gritó el escudero, ¿estais en vuestro cabal juicio? ¿No echais de ver aquella descomunal coroza que se alza sobre su cabeza en forma de pirámide, y que esconde su punta entre las estrellas? ¿Y eso no os da indicios y claras muestras de que la vision es un espíritu hecho y derecho sin mezcla de cosa humana? Tanto le importa al vestiglo que vuese merced le acuchille, como que le paladee con miel. No, sino el alba.

=Dígote, Gil, contestó el Cid, que tu sencillez frisa ya con la ignorancia. Ven acá, descomulgado y mal visto escudero: ¿quien te ha dicho á ti que toda esa máquina de fantasmas, vestiglos, trasgos y demas entes de ese jaez no son invenciones para poner miedo á las gentes sen-

cillas y embaucar á los tontos? ¿No ves que la tal fábrica se levanta sobre los cimientos de la ignorancia y de la credulidad? Pues para que estés en lo cierto de las cosas, y te desengañes por vista de ojos, quiero no dar muerte á ese infeliz encorozado, sino aturdirle de un bote de lanza á fin de reconocerle con la luz del dia.

Dicho esto, se dirigió Rodrigo adonde estaba la vision, y sin hablar palabra ni atender á las voces que le daba el vestiglo con los brazos abiertos en ademan de abrazarle, le descargó sobre la cabeza tan fuerte porrazo, que el duende dió consigo en el suelo sin señal alguna de vida. ¿Has visto, Gil, gritó el Cid, como los golpes de mi lanza derriban tambien á los espíritus? Ya mi-

ras tumbado en tierra á ese impávido adleta que tuvo el osado arrojo de poner pavor al pecho del Cid, á quien no hacen fruncir las cejas los egércitos enteros de la media luna. Yo soy contento de esperar á que el dia nos muestre el rostro de este desdichado, no para castigarle y escarmentarle, sino para que tú tengas de hoy en adelante mas cuenta contigo mismo, y no salgas un punto de mis ordenes.

=En verdad que debe ser por ensalmo la caida de este vestiglo, respondió el escudero. ¡Cuerpo de mí, y qué necio anduve en temer á fantasmas que se dejan vencer y despolvorear! Pero ya que hemos de esperar al alba en este sitio, lo que yo haré por bien de paz si lo lleva á bien su merced, es tenderme jun-

to á Balieca porque el sueño me va cerrando los ojos.

=Bien dices, Gil, contestó Rodrigo: quédese el señor vestiglo tumbado en tierra, y no haya miedo de que se levante. Nosotros descansemos de nuestras fatigas sobre las piedras, que á el buen soldado le saben á miel sobre hojuelas.

=Apuesto, replicó Diaz, que duerme su merced mas reposado en este lecho que en el de mi señora Doña Ximena.

Rióse el Cid de la maliciosa pregunta del criado, y sin despojarse de sus armas se tendió con gentil continente entre aquellas ruinas con tanto sosiego como si nada particular le hubiera acontecido. Acostumbrado á las fatigas militares, y endurecido en los trabajos de la guer-

ra, hacia un mismo rostro á las incomodidades y á las dulzuras de la paz doméstica. Y quizás los peñascos, el cielo raso, la humedad de la noche, el hambre y las heridas eran para él de mas solaz y deleite que la blanda pluma, el arteson dorado, el suave calor, los sabrosos manjares, y la vida quieta y sosegada.

CAPITULO SEGUNDO.

Doña Sol.

Los rayos del naciente dia dando en el rostro de nuestro buen Gil vinieron á despertarle cuando Rodrigo se levantaba tambien de su durísimo lecho. Mostrábase en el oriente la rosada aurora; y los trinos de los pintados pajarillos que abandonaban sus nidos de pluma, se confundian dulce y armónicamente con el ruido del agua. La escasa luz que alumbraba las ruinas hacia resaltar en ellas los claros y oscuros de un modo magestuoso; y la vista de tan-

tos obgetos distintos sorprendia la imaginacion al mismo tiempo que levantaba el espíritu con nobles pensamientos.

Lo primero que se presentó á los ojos del escudero fue el malhadado fantasma caido en el suelo boca arriba, y con el rostro todo polvoroso y cubierto con los mimbres que se inclinaban hácia aquella parte. Pero en vez de poner miedo al criado tan estraordinaria figura, le hizo disparar por el contrario en larga risa reparando el raro vestido que le cubria. La que las tinieblas de la noche habian hecho pasar plaza de coroza á los ojos de amo y escudero, era la capucha de un religioso: y una almalàfa colorada componia el resto de aquel disfraz que tanto se asemejaba á la vestimenta de los ves-

tiglos. La almalafa de moro y la capucha de cristiano formaban un contraste tan original, que Gil llevaba término de no acabar de reir en un año. Al ruido de las carcajadas volvió el Cid la cabeza, y viendo á su criado con los carrillos hinchados y con tanta boca abierta, no pudo dejar de acompañarle en su alegría aun antes de advertir la causa. Mas cuando dió rostro por acaso al fantasma, faltó poco para que ambos no reventaran de risa.

=¿Y que dirás ahora, Gil, de ese duende ó demonio, ó como tú le llamas? esclamó Rodrigo, sin cesar de reir. ¿Viste mas rara y mas estravagante figura en los dias de tu vida?

Lo que yo sé decir, respondió el mozo, es que debe de ser algun loco de atar que se ha escapado de

uno de estos pueblos vecinos, y andaba solazándose por los contornos. Descúbrale su merced la cara, y veamos si corresponde á su figura, que sí se parecerá como un manzano á otro manzano.

Acercóse Rodrigo de Vivar, y tomando la mano al vestiglo advirtió que vivia aun, y que la tenia suave y blanca como un copo de apretada nieve. Separó entonces los mimbres que ocultaban el rostro, y quedó inmovil y sin poder articular palabra al reconocer en él á una de sus hijas. Parecia volver en sí del aturdimiento que sin duda le causara el golpe de la lanza: y al paso que se animaban sus facciones, subia de punto la admiracion del caballero. Este haciendo por último un esfuerzo, la puso sobre sus brazos, y

trasladándola adonde Babieca y Gil estaban, se sentó á su lado procurando con un pomo de agua, que consigo llevaba, restituirla á la vida.

Mal año para mi abuela, dijo el criado, si no tiene el señor duende una cara como una bendicion. Mas ¡válgame San Jorge! cosas de encantamento son cuantas aqui nos suceden. ¿No es esta mi señora Doña Sol?

= ¡Cielos, esclamó el Cid, justos cielos! ¡Con que no se engañan mis ojos, y mis propias manos han puesto tan mal parada á la hija de mis entrañas! ¿De que prez puede serme la victoria que anoche conseguí en este mismo sitio arrancando la vida á mi bárbaro enemigo, si tan cruel venganza me habia de retornar la fortuna? ¡Oh, hija mia! aña-

dió apretándola contra su seno; y los ojos de la hermosa doncella se abrieron en aquel punto del mismo modo que se entreabre el caliz de una rosa á la primera gota de rocío con que la baña el aurora.

=¡Dulce padre mio! (pronunció Doña Sol con una voz debil, y pasó su brazo por el cuello de Rodrigo.) Mis labios temen anunciaros las crueles desgracias que cercan á vuestra familia. Mi madre y mi hermana.... Dios mio, siguió toda conmovida, y alzando los ojos tierna y dulcemente, dadle valor. No os desespereis, valeroso padre: vuestro pecho acostumbrado siempre á los trabajos de la guerra, ha sabido conservar la ternura de esposo y de padre. ¡Cual será pues, vuestro dolor al ver que mi madre y mi her-

mana yacen aprisionadas en poder de los moros!

=¿Que dices, Sol? replicó Rodrigo poniéndose en pie. ¡Mi Ximena, mi amada esposa gime entre cadenas, y yo vivo! Dime el nombre del infame que ha osado mancillar mi gloria y arrebatarme mis caras prendas: dímelo, y al punto caerá su cabeza á tus pies.

=Abenxafa, señor, contestó bajando los ojos la hija del Cid.

=Abenxafa, gritó este: traidor, fementido, las aves de rapiña han de bañar en tu sangre sus picos. ¡Ojalá, perro descreido, que si amas á alguna belleza, pruebes al espirar el amargo tormento de verla en brazos de un rival! ¡Y ojalá presencies la muerte de tus hijos despeda-

tro de las hermosas doncellas. Aquella mano que poco antes embrazara la rodela ó empuñara la lanza acariciaba ahora suavemente á su esposa: y quizá una lágrima de felicidad empañaba los ojos que habian brillado de fiereza. Rodrigo, pues, pertenecia por su heroismo á aquellos siglos bárbaros y caballerescos: empero su corazon y sus conocimientos rayaban mas alto, y serian sin duda hoy dia el mejor ornamento de la Corte de Castilla.

Gil Diaz, su criado, que le servia desde niño, era un mozo colorado, fresco y pelinegro, pero de muy poca sal en la mollera. Dejábase tentar algo de la risa: y mas á su gusto embaulaba tasajos como el puño en su ancho estómago que repartia tajos y reveses en los combates. Era

miedoso y hablador de suyo: pero su buen natural, su fidelidad, y sobre todo, su no interrumpida alegría, le hacian amable y querido de los amigos de su señor. Asi contaba un romance como aderezaba una polla: y aun podia dar una mano de coces de ventaja á cualquiera en esto del danzar.

Ausente pues el Cid de su esposa y de sus hijas por las intrigas de los cortesanos, y viendo las muchas tierras que en el reino de Valencia habia conquistado, acordó fortificar el castillo de Cebolla, situado á dos leguas de la ciudad, y llamar á su familia para vivir juntos en esta fortaleza. Envió á San Pedro de Cardeña, donde habian quedado su esposa é hijas, á Alvar Fañez y á Martin Pelaez, caballeros y deudos su-

yos, con un grande presente para el Abad del monasterio, y treinta marcos de plata para el altar de San Pedro. Llegaron al convento los enviados de Rodrigo, é hicieron rebosar de placer el corazon de Ximena que lloraba tanto tiempo ya la ausencia de su esposo. Sus hijas Doña Sol y Doña Elvira, que con igual entusiasmo amaban á su padre, bañaron con sus lágrimas la mano de Ximena, dándose mutuamente mil parabienes por tan súbita ventura.

Cuanto puede hacer amable al hombre en el mundo á los ojos de la hermosura, campeaba en el Cid en el punto mas elevado. A su maravilloso denuedo y corazon valiente, á la fama de sus grandes é increibles hechos, al prestigio de la gloria que tanto halaga á las belle-

zas, habia el guerrero encadenado el afecto de su familia. Y cuando este nace sobre terreno tan proporcionado crece y se señorea en el pecho humano, sin que las tormentas que levanta el infortunio sean parte á destruirle.

Hechos, pues, los preparativos del viage, y colocadas las ofrendas en el altar de San Pedro, pusiéronse en camino Doña Ximena y sus hijas, acompañadas de Alvar Fañez, Martin Pelaez, y de Fray Lázaro, religioso del monasterio. El ansia con que deseaban llegar al castillo las ilustres viageras ponia alas á su imaginacion para representarles de antemano las delicias que gozarian al reunirse con el obgeto de sus amores. Mas la suerte enhilaba los sucesos de muy distinto modo.

nerse por las murallas de Edeta, se acercan ya á Sagunto Ximena y sus compañeros. Los labios de la ilustre matrona sonrien dulcemente al descubrir las olas de aquel mar que besa las humildes torres del castillo de Cebolla: y aumenta su impaciencia la proximidad de este amado lugar.

=¡Ay, señora, dice Fray Lázaro, metiendo las manos en las mangas, qué bueno es Dios! No distamos dos tiros de ballesta de la fortaleza, y pronto descubriremos sus almenas doradas por los últimos rayos del sol. Ensanche su merced ese corazon que debe tener angustiado y anheloso, segun los colores que le salen al rostro al paso que nos acercamos á Cebolla.

=Asi será, como asegura su pater-

nidad, respondió Ximena: pero yo sé decir que no me angustia cosa alguna, como no sea la alegría que me causa el verme ya cerca de mi caro esposo.

=Pues bien, replicó el religioso: esa alegría debe tener sus límites, que no place á la Divina Providencia el que pongamos tanto amor en las cosas terrenas que son perecederas.

=¡Vive Santiago, esclamó entonces Alvar Fañez, que su reverendísima se engaña! Si en vez de cogulla y cordon se hubiera vestido su paternidad una cota de malla y un casco de bruñido acero, á buen seguro que le acuciarian otros pensamientos. Para conocer el amor es necesario ser marido y padre, ó haberlo sido. Entonces se siente la estension y fuerza de esta llama que mueve

y arroba al hombre de un modo superior á sus fuerzas: entonces todas las leyes de la naturaleza conspiran á reducirle á este afecto único, porque de él depende la conservacion y aumento del género humano. Su reverendísima no puede conocer unas pasiones á que es superior, ni probar unas delicias á que ha renunciado: pero asi moderará mi señora Doña Ximena el contento que le anda brincando en el pecho en estos instantes, como perderá su nivel el agua de ese mar. Porque por mas elocuentes que sean las razones que emplee fray Lázaro para probar que debe tener á raya ese júbilo, la naturaleza, esa señora que nadie conoce y todos siguen, con un solo recuerdo, con descubrirle la cúspide de un torreon, le hará dar

un salto y olvidar en un abrir y cerrar de ojos los discursos de una semana entera.

=Digo que tiene razon Alvar Fañez, contestó Martin Pelaez: y que bajo el hábito del monasterio de San Pedro de Cardeña lleva ocultas su reverendísima muy diferentes ideas. ¿Nunca ha molido fray Lázaro esperanzas en el molino del amor?

=Sus mercedes, dijo entonces el religioso bajando los ojos, gastan buen humor á fuer de esforzados militares. Dios los tenga de su mano y guarde nuestra cogulla.

En esto vieron venir hácia ellos un tropel de sarracenos capitaneados al parecer por un joven de gentil continente y sin iguales brios que oprimia los hijares de un arrogante bridon. Al punto que divisaron los

moros á los armados caballeros hirieron los aires con el ronco sonido de sus añafiles y atambores, y revolviendo con su acostumbrada ligereza los caballos acometieron á los cristianos en polvoroso desorden. Alvar Fañez y Martin Pelaez afirmándose en los estribos los esperaron con impávido denuedo y con la lanza en ristre, y rechazaron á los primeros pelotones con la misma furia, con que los montes resisten á las olas del mar que los cubren de espuma y que se estrellan contra los peñascos que se elevan en su falda.

Pero los furibundos fendientes que descarga el joven Abenxafa hacen mella en las corazas de triple acero: caen las plumas que coronaban el alto creston de las celadas; rómpense estas al descomunal golpe de su ma-

za de armas, y descubiertas las cabezas de Fañez y de Pelaez ruedan bien pronto á los pies del bárbaro musulman. Abalánzanse los soldados á las afligidas señoras, las desnudan de sus ricas joyas y vestidos, y hasta el humilde hábito del pobre fray Lázaro que habia permanecido pacífico es presa de aquellos despiadados infieles.

Aparecian confundidos en el suelo los çadáveres de los dos cristianos con los despojos de los sarracenos que habian espirado al impulso del vigoroso brazo de Fañez y de Pelaez. Abenxafa saltaba de alegría al ver la completa venganza que la fortuna le daba del Cid á quien aborrecia de muerte: y asi ordenó que separasen á las señoras para aumentar el dolor de su cautiverio.

Mas observando entonces Doña Sol el general desorden de los bárbaros, asió de los cabellos á la suerte, y dejándose caer en tierra se tendió y escondió bajo de los mortales restos de los que habian perecido. No pudieron echarla menos los moros, porque dándose los unos á entender que los otros la custodiaban, torcieron el camino hácia Valencia despues de haber recogido los despojos del campo.

Luego que la hija del Cid notó la soledad en que quedaba, se levantó pasito, y reconoció el sitio donde yacia. Vióse desnuda: y solo encontró para cubrirse la almalafa de un moro muerto que habian dejado olvidada, y la capucha de fray Lázaro, que sin duda arrojaran alli por desprecio los soldados del bandido

Abenxafa. Púsose estos estraños adornos: y advirtiendo que la noche cerraba, que todos aquellos lugares estaban habitados por sarracenos, y que ignoraba cuáles eran de su padre amigos ó enemigos, se dirigió á las ruinas de Sagunto con ánimo de esperar en ellas la luz del siguiente dia.

Hirió á deshora sus oidos la voz del Cid y de Gil Diaz: y aunque al principio dudó de tanta ventura, fuese por grados determinando á salir al circo para darse á conocer á su padre. Su aparicion causó la escena que en el anterior capítulo hemos descrito: y aunque tan estraño parecia á amo y criado el vestido de Doña Sol, era muy natural sin embargo el trance desgraciado que la habia obligado á usarle. Al presen-

Sol hicieron subir el valor de los guerreros al último cielo del entusiasmo. Aquellos ojos negros y rasgados que brillaban en medio de un rostro de azucenas salpicadas de púrpura dirigieron una mirada de gratitud á los cristianos: y no hubo un solo corazon que no palpitase con ella. El carmin coloró los rostros de los paladines: hincháronse las venas con la sangre inflamada por la beldad: eleváronse los ojos por un movimiento natural, y todos esperimentaron el ansia de combatir. El sonoro ruido de las espuelas, el brillo de las armaduras de limpio acero, en las que reflejaba el sol su imagen saliendo en aquel momento de las aguas del mediterráneo, el movimiento de los penachos que ondeaba el viento, y los gritos

que arrancaba la presencia de la hija del Cid á aquellos valientes encendieron mas y mas su pecho, y lo hincheron de patriótico anhelo.

Los árabes dominadores de los paises mas fértiles de España habian solo sufrido revueltas y descalabros en los sitios montuosos, desde que el genio de la rebelion les abriera las puertas del Eden europeo. Asturias habia dado el egemplo heroico de sacudir el bárbaro yugo de la dependencia musulmana: y la Corte española concretada un dia al ángulo reducido de la milagrosa cueva que albergó á los compañeros de Pelayo se habia dilatado por Castilla, Aragon y otros paises mas ó menos céntricos y montuosos. Los tiranos se señoreaban á todo su talante en las provincias marítimas,

gozándose en las riberas del Turia, del Segura y del Betis: porque asi podian en apuradas situaciones recibir socorros de Africa, ó dar las velas al viento, embarcando sus riquezas, si los valientes iberos los acosaban con su sólita pujanza.

Rodrigo de Vivar abriéndose paso por medio de estos naturales y feroces enemigos, habia logrado sentar sus reales en medio de ellos, y en el sitio mismo que tantas ventajas les daba. Y habia cumplido del todo sus deseos con estas tentativas, conociendo cuán dificil se presentaba la conquista de ciudad alguna que estuviese situada en la costa. Mas al presente que el honor y el amor enardecian el patriotismo, todo se presentaba á sus ojos liso y llano para clavar el estandarte de la

Cruz en las murallas de Edeta. Parece que el cielo deparaba á los cristianos esta ocasion de libertar la ciudad mas hermosa de occidente del poder de los descreidos y perversos africanos.

Al dulce cariño que profesaba á su consorte se unia el poderoso aliciente del amor patrio, despertador de los mas heroicos pensamientos, y capaz por sí solo de hacer emprender y acometer los mas atrevidos y gloriosos hechos de armas. Conocia el Cid lo que podia en los corazones de sus guerreros esta pasion: y asi resolvió que todos ellos juraran morir ó librar á Valencia de los musulmanes. Dió, pues, las órdenes convenientes para esta singular y nunca vista ceremonia, y ofreció marchar al punto que se hubiese cele-

brado, á ausiliar la oprimida ciudad.

Manda clavar en el torreon mas elevado de la fortaleza un hastil, de cuya punta cuelga negro pendon con una roja cruz que le atraviesa. Ordénanse las guerreras haces en la dilatada llanura donde está situado el castillo, y por todas partes corren los hombres de armas apercibiéndose para la lucha. Ya no se agitan en las celadas de los héroes cimeras de vistosos colores: todos las han trocado por negras plumas que muestran el luto que reina en las almas. Los impacientes flecheros rompen el aire clavando agudas flechas en los troncos de los árboles para egercitarse en los bélicos egercicios. La trompa guerrera resuena en el campo, y anuncia las marcia-

les lides que serán el asombro de las edades venideras.

Mientras el estruendo de las armas atronaba aquellos contornos, llamó Rodrigo á Don Diego Ordoñez de Lara, uno de los héroes que mas sobresalian en el egército del Cid, y le dijo: = Término llevan estos guerreros de conquistar la Europa entera, cuanto mas á Valencia: mas para dar el último punto á su belicoso ardor, quiero que los nobles paladines de mi egército reunidos, la flor de la caballería española jure con la espada desnuda reconquistar la libertad de su patria encadenada por las cohortes africanas, y quiero que mi hija presencie esta ceremonia para darle todo el realce y brillo posible. Ya ves, amado Lara, el trance á que me ha con-

ducido la suerte. Mi dulce Ximena yace aherrojada por un bárbaro y cobarde moro; y mi tierna hija, aquella cuyos pies cobijaba yo en su niñez, provoca quizás con sus atractivos las impúdicas miradas de un seductor. ¡Oh afrenta! Tu amigo, Lara, el Cid, cuyo honor disputaba la pureza al lampo del sol, Rodrigo de Vivar vive aun despues de su infortunio. Si en tu pecho arde la llama de la amistad del mismo modo que en el mio, si alguna vez te fue deliciosa la memoria de una beldad querida, ase las riendas de tu bridon, y disfrazado ó como mas te agrade, parte á Valencia, y haz por ver á mi esposa. Dile que quedo ciñéndome la espada que he de envainar en el pecho de sus alevosos robadores: dile que mi corazon llo-

ra sangre ausente de ella: dile que cuide de mi Elvira..... ¡Oh amigo! yo fio á tu valor este arduo encargo: no conozco ninguno mas digno que tú de tan peligrosa empresa.

Anímanse las facciones de Lara al oir las últimas palabras de Rodrigo, estrecha el cuello del héroe con sus brazos aforrados de hierro, y le responde.

= Merezco la preferencia que me concedes, invicto Cid: y antes que el sol trasponga las vecinas montañas, tendrás nuevas de tu familia.

Se desase entonces de su compañero de armas, se cala la visera, salta sobre su indómito caballo, y los árboles y el polvo le roban muy pronto á los ojos del Cid.

CAPITULO TERCERO.

Doña Elvira y su amante.

Siguiendo el intrépido Ordoñez de Lara la orilla del mar, llegó bien pronto á los deliciosos y floridos campos, donde está situada Valencia. Aunque el sol tocaba ya el signo de Leon, no fatigaba en ellos el calor, sino que todo presentaba la imagen de la suave y cándida primavera. Deslizaba el *Guadalviar*, ó como ahora se llama, el *Turia*, sus cristales por entre unos arcos que formaban los juncos enzarzándose con los purpúreos rosales; y el ces-

ped, el jazmin y la madreselva crecian en sus riberas alfombrándolas con vistosa y grata variedad.

Luego que Ordoñez descubrió los humildes muros de la ciudad, se apeó de su caballo en una plazuela de olorosos naranjos y verde arrayan que alli habia, con ánimo de darse traza y resolver el modo de entrar en Valencia. Y mientras revolvia en su mente sentado en la menuda grama mil ingeniosos pensamientos, vió acercarse con presurosos pasos á aquel sitio una arrogante y lindísima mora, con el mas donoso y esbelto talle que vieran nunca sus ojos. Vestia un hermoso zaragucel de niveo tuan, cuyos ordenados pliegues le caían hasta los chapines, y una rica marlota de seda sembrada de pedrería. Colgábale

del sencillo tocado el cendal, graciosamente prendido, que le velaba el rostro; y resplandecia en sus sienes una diadema de záfiros y balages.

Parecia tan embebida en sus ideas, que ni siquiera volvió la vista á la plazuela de los naranjos; y despidiendo á la esclava que la acompañaba, se sentó al borde mismo del Turia, de frente al agua y de espaldas al paladin cristiano. En esto penetró á la llanura otro caballero de la cruz armado de punta en blanco, y dirigiéndose á Ordoñez con la visera calada: = cualquiera que seais, le dijo, pues me basta vuestro trage de cristiano, os exijo por la orden de caballería que profesais, que me jureis guardar eterno secreto de cuanto vuestros ojos vieren.

= Asi lo juro, respondió el de Lara sin descubrir el rostro, asi lo juro en nombre de la beldad que me calzó la espuela al armarme caballero.

= Pues bien, siguió el desconocido: defended mi espalda para que nadie penetre á esta parte de la ribera, que me importa la vida hablar á esa cristiana.

= ¡Cristiana! esclamó Ordoñez sorprendido.....

Pero ya el incógnito llegando á la señora se habia puesto de hinojos ante ella, y con dolorido acento le decia: = Te veo por fin, adorada Elvira. ¡Ah! ¡cuanto huelga mi corazon de que te hayas compadecido de mis penas!

= ¿Conoces tú, respondió ella, toda la estension de los peligros á

que me he arrojado para hablarte? Mira el indecoroso trage que cubre á la hija del Cid: mira el disfraz con que he podido burlar la vigilancia de mis carceleros. El bárbaro Abenxafa ha jurado derramar la sangre de mi madre en el momento en que me eche menos en su palacio.

= ¡Que dices! gritó el caballero. ¿Ese juramento ha pronunciado Abenxafa?

= Sí, le ha pronunciado, replicó la doncella, y los momentos son preciosos. Si en este punto me buscara..... ¡Justo Dios! Ya me has visto: ya sabes mi esclavitud y mi situacion: parte, y no olvides, que tu Elvira queda espuesta á las amenazas del lascivo Abenxafa.

Espera, Elvira, espera: asi gri-

taba el incógnito mientras la hija del Cid mas ligera que el viento corria otra vez á Valencia llevada en alas del amor maternal. El caballero la siguió con los ojos mientras pudo, y volviendo luego adonde Ordoñez le aguardaba, se sentó á su lado. Maravilla debe de causaros, le dijo con acento cariñoso, el que me haya valido de vos sin conoceros: pero los guerreros todos somos hermanos: y á mas los lazos de la caballería son tan estrechos y de tanta utilidad, que en todas partes halla un caballero otros de la orden de quien poder fiarse. Sois sin duda alguna del egército del Cid como yo: y me cumple retirarme por si os estorbo para algun asunto de importancia.

= No me estorbais, contestó el de

Lara. antes si quereis seguirme, os quedaré agradecido. Salí poco há de los reales de Rodrigo de Vivar á romper un par de lanzas con los perros que guarnecen esta ciudad: y por Santiago, que no he visto uno solo de ellos con quien poder ser en batalla. á pesar de esperarlos á tiro de ballesta de las murallas, como veis.

=Si os agrada, pues, añadió el desconocido, sobramos los dos para entrarnos de hilo por esas puertas sembrando la muerte y el desorden, y aun podemos tocar con nuestras manos el palacio mismo del cobarde Abenxafa.

=¿No fuera mejor, opuso Ordoñez de Lara, retar á singular combate á esos dos moros que estan de pie en el portillo apoyados sobre

sus lanzas, y entrar luego disfrazados con sus trages á rendir parias á mi señora Doña Ximena?

=Que me place, clamó alborozado el amante de Doña Elvira: siento no haber sido yo el autor de esa propuesta.

Los dos caballeros se abrazaron entonces por un movimiento natural causado por la especie de simpatía que une á los valientes. Hubieran querido ambos darse á conocer en aquel punto, y jurarse fraternidad: pero les pareció que era una especie de desconfianza; porque si el uno se quitaba la celada, obligaba al otro á obrar del mismo modo por cortesía. El misterio por otra parte lleva consigo cierta magestad; hay un no sé qué de sublime en la espontánea union de dos

hombres que se defienden mutuamente sin haberse visto, y que egecutan admirables proezas impulsados por una pasion noble.

El héroe de Lara y el incógnito montaron en sus furiosos bridones, embrazaron la rodela, terciaron el lanzon, y se encaminaron al portillo que guardaban dos furibundos y bien armados sarracenos. Tan pronto como estos divisaron á los caballeros cristianos, hicieron sonar el alelí, y viéronse en un momento correr á su lado diferentes guerreros de la media luna con picas, lanzas, espadas y ballestas. Una confusa gritería atronaba los aires, al paso que los dos héroes con reposado continente é impávido corazon se acercaban con la misma indiferencia que si corriesen á presenciar

en el circo las habilidades de los gladiadores.

Mas óyese de repente un clamor de admiracion, y todos los ojos se fijan en un joven árabe que asiendo con la mano izquierda las crines y hermosas riendas de una yegua, salta sobre ella sin poner pie en el estribo, y empuña una lanza de dos hierros. Las plumas gualdas y blancas que adornan su bonete, su soberbio alquifá recamado de rubíes y amatistas, y su dorada cimitarra presa con el almayzar de las cadenillas de oro que le cuelgan del hombro, declaran demasiadamente quién es; si su fiereza, sus ojos de tigre, y el corage que le devora no han anunciado ya á Abenxafa.

Adelántase el incógnito dando espuelas á su bridon, y provoca con

fieros ademanes al musulman. Ven, ven, le grita; solo estoy, que mi compañero no tomará parte en nuestro combate. Si eres tan osado en el campo como en el harém, si tus cuchilladas y botes de lanza se parecen á los amores que dices á las cristianas que robas; ¿por que temes, valiente entre las damas?

= Ahora verás, respondió Abenzafa, revolviendo con airosa ligereza su yegua, ahora verás á qué se parecen los golpes y fendientes que descargo. ¿Eres acaso ese que llaman Cid, y vienes á recobrar cuerpo á cuerpo las prendas que te guardo? Por Alá que no puede engañarme la bermeja cruz que te adorna: y juro que ha de servir para alfombrar la caballeriza de mi yegua.

El incógnito sin dar oidos á tan

despreciables denuestos, vuelve la cabeza atras, y dice á Ordoñez: = Mientras me despolvoreo con este infiel, aprovechad vos, compañero mio, la ocasion de penetrar en la ciudad por cualquier lado de la muralla. Dice: y da principio al mas reñido y sangriento combate con Abenxafa.

Ordoñez acompañado de su alma grande se aparta un buen espacio del portillo como si huyese de la pelea: arrima su bridon al muro, se pone de pie sobre la silla, y abrazándose con la almena, levanta las piernas al aire, aprieta el pecho contra la pared, y salta sobre el muro á pesar de sus armas y del vestido de acero que le impide el doblarse. Las calles estan desiertas: porque los moros ó han corrido al

lugar de la pelea, ó se han fortificado en sus aposentos, dándose á entender que los cristianos van á asaltar la ciudad. Camina el de Lara con presurosos pasos hácia el palacio: llega, y los centinelas aterrados le preguntan quién es. Respóndeles con la espada: y lleno de aquel honroso entusiasmo de la caballería, les afirma que como le consientan hablar á las cautivas cristianas, saldrá al instante de Valencia. Los árabes poseidos de temor, y admirados de su serenidad, le ofrecen llevarle á presencia de las cautivas si les da su palabra de no sacarlas del alcazar.

Asi lo promete el héroe, y guiado por dos musulmanes, entra en un espacioso y ameno jardin. Doradas verjas le cercan y muran por

las cuatro partes: y en vez de encontrar los ojos cuadros de flores y simétricas calles de árboles, hallan solo una selva casi montuosa llena de grutas, de cascadas y de estanques. Obra es del arte que tan reducido espacio parezca ilimitado á la vista, y que se pierdan los cálculos del hombre en este ameno y plácido sitio, como si hollase las faldas del Atlas. Los sarracenos poseedores de los escasos conocimientos que entonces se traslucian de las ciencias, los habian utilizado en el reino edetano, trasformándolo en una deliciosa y moderna Arabia. El alegre cielo de Valencia, la fertilidad de su terreno, la alegría y claro ingenio de sus naturales, y la pureza de su aire habian venido de perlas á estos dominadores para egercitar y

poner en práctica el método que habian aprendido en su patria: ellos llamaron por largo tiempo á Valencia campos eliseos. Los artífices mas hábiles habian trabajado en el jardin del palacio del muerto Rey Hiaya: y asi no debe parecernos estraño que fuese una especie de fenómeno en aquel siglo.

Detiénese Lara sorprendido con tan inesperado espectáculo; vuelve la cabeza, y no descubre ya puerta alguna, ni puede adivinar por donde ha penetrado á aquel misterioso y apacible sitio. Los soldados que le acompañaban han desaparecido, y casi se ve forzado á creer que pisa el encantado palacio de alguna hada, ó la celeste region donde colocó la fábula á las apuestas diosas de la gentilidad. Vense aqui y allá gru-

tas de ordenados peñascos cubiertos de olorosas yerbas, por las cuales se dejan caer como arrastrándose cristalinos arroyos que humedecen y refrescan la aromosa selva. Hay dentro de ellas un estanque de agua dulce, asientos de cesped, baños para el estío, y mil canoras avecillas que buscan inutilmente la salida, pues se hallan aprisionadas sin saberlo con una finísima red.

Aqui derrumbándose el agua en resonante cascada, cae sobre una cueva de granito, y se deshace en líquida espuma que argenta las aromáticas plantas, semejantes sus gotas á las perlas que vierte saliendo el alba. Alli amontonándose enyedrados peñascos, prestan guarida en sus huecos á la hermosa perdiz, á la nivea paloma y á la fugitiva liebre:

mientras el vistoso cardo, el odorífero tomillo y el menudo arrayan levantan su erguida frente. Los árboles graciosos y selváticamente ordenados impiden gozar á un tiempo de estas brillantes vistas en un pais llano y dilatado: pero en cambio escitan en la imaginacion cierto anhelo por descubrir los límites de aquel albergue.

Impulsado Ordoñez por este sentimiento, recorrió con afan todos aquellos lugares sin echar de ver que andaba dos y mas veces por una sola gruta, y que la aparente estension de tan amena soledad era obra del arte y un mero engaño de los ojos. Asi se alejan los obgetos en la óptica, haciéndonos ver las risueñas campiñas y floridos vergeles á dilatadísimas distancias, cuando

que te corona te anuncia desde lejos, como el estruendo de las aguas que baten un promontorio hacen adivinar la existencia del océano. El abismo donde te hundiste se trocó en elevadísima montaña, sobre cuya cúspide apareces tú á la edad presente, y á los venideros siglos en el emporio de tu inmortal fama.

Sí: el héroe que muere por su patria eterniza su nombre, y le escribe con letras de oro en los cielos, para que pueda leerle el orbe entero. Una nube radiante con los rayos de la inmortalidad le arrebata á la region de los aires donde rie sentado en ella, pisando las estrellas por alfombra, y mirándose en los rayos del sol que no son mas puros que su gloria.

¡Que dulce es vencer al tirano que oprime nuestro país, y clavar el estandarte sagrado de la cruz donde ondeaba el de Mahoma! Siéntase luego el vencedor en el carro de triunfo tirado de blanquísimos caballos, y corre por un camino sembrado de flores y de lindísimas doncellas que llenan el aire de clamorosos vivas y de inocentes bendiciones.

Las madres encaraman á los niños sobre sus hombros para que gocen del triunfo, y ellos agitan suavemente sus manecitas, sensibles ya á la ardiente impresion del amor patrio. A oleadas se precipita la juventud por las calles, ofreciendo coronas de laurel al héroe, y entonando himnos sublimes de gratitud y de

alegría, que dicen: »ya no seremos esclavos."

¿Y no os arroban, guerreros españoles, estos cantos? ¿Y permanecen vuestros aceros embotados cuando raya ya en el olimpo el aurora de la libertad cristiana? ¡Que los montes del Imao tornen á ser el sepulcro de los infieles que dieron alli sus primeros vagidos! ¡Que hasta el Atlas los arroje de sus faldas, y que muerdan en las tinieblas la cadena de la ignominia!

¡Ojalá que los ojos de las hermosas no se detengan en el rostro del hombre que teme morir por su patria! No le alumbres con tu esplendor suave, héspero delicioso, ni tú, estrella de Venus: el astro de las

tempestades le muestre solo su amarillenta luz, sin gozar nunca de los crepúsculos, ni de los apacibles rayos de Diana, cuando yacen los mortales en brazos del agradable sueño.

Zéfiro de abril, y tú, lisonjero favonio, no halagueis nunca sus oidos meciendo las hojas de los verdes árboles: el ronco silbido del ábrego levantando remolinos y encrespando las olas aterre su cobarde corazon. Y cuando los guerreros con la frente erguida empuñen la lanza y se cubran con el peto y el espaldar, ocúltese bajo el enfaldo de una meretriz, tirando de un copo de estopa.

¡Oh patria! ¡Oh nombre de fuego! Ria siempre la ventura en la

frente de tus defensores: descansen de sus fatigas á la sombra de un pomposo laurel, donde el manso arroyo les ofrezca sus cristales, con que apagar la rabiosa sed despues de una batalla. La hermosura les abra sus brazos: y paladéense largos años con la delicia de ser padres de virtuosos é ilustres hijos.

Y cuando tornen sus ojos á mirarte, tierra natal de los héroes, y suspiren los pechos al partir; ó bien cuando canten tus glorias al despuntar el alba, ó al salir del mar la luna llena, hazles sentir el gozo, la emocion de la virtud. Caigan sobre su cabeza el azar y el jazmin mecidos por los blandos zefirillos: y el lucero de la mañana les preceda en su carrera sirviéndoles de guia."

Calló el anciano, y sacó de su arpa suaves y armónicos sonidos, como si todavía agitase su pecho la inspiracion. Dos lágrimas semejantes á dos perlas que ha vertido el alba sobre el caliz de una flor asomaban á los ojos de este: y los guerreros con la mano puesta en el puño de la espada y los rostros inflamados levantaban un alborozado clamor que atronaba la playa. Hervia el entusiasmo en los pechos desde que oyeron los primeros acentos del trovador, cuyo fuego se habia comunicado en las almas, cual si fuera una chispa eléctrica. »Dulce es morir por la patria, claman á una voz, marchemos:" el eco repite las palabras, y el zumbido del viento, el resonar de las olas, y el sonido de la música marcial hacen consonancia

á estos gritos. No de otro modo resuena la selva con los bramidos del ensañado ábrego que en los intermedios de sus furores deja quizás oir las melífluas quejas del pintado ruiseñor temeroso de abandonar su blando nido.

Rodrigo de Vivar se regocija con tan suave espectáculo: enternécese su grande alma al presenciar el entusiasmo que conmueve á sus compañeros de armas, y manda recoger las tiendas de campaña, y partir á Valencia. Sube de punto la efervescencia con esta orden: el relincho de los caballos y el estruendo de las armas que suenan con el movimiento de los caballeros sacan de quicio las exaltadas mentes de los soldados. Marchan los primeros Rodrigo de Vivar y Don Diego Or-

doñez de Lara, seguidos de un escuadron, donde se descubre al caballero del Armiño fatigando al brioso alazan, y revolviendo con tanta ligereza las riendas á una y otra parte, que no fuera posible alcanzarle en sus tortuosas carreras. Enrique de Besanzon, y Raymundo, Conde de Borgoña, se distinguen entre la muchedumbre por los relucientes cascos y heroicas empresas que campean en sus escudos. El intrépido Arias Gonzalo, y el taciturno Nuño Cabeza de Vaca corren á par de estos con la lanza en la cuja y el brazo levantado en ademan de llamar á Fernan Sanchez que da de espuelas al caballo, y se coloca al lado de sus amigos. La soberbia armadura de acero y una gola de oro anuncian con su brillo al Conde de Oña-

te rodeado de famosos paladines, cuyas lanzas de dos hierros resplandecen siempre las primeras en los combates. Tras de este vienen el arrojado Ordoño, con su nevada barba y sus azules ojos, Pedro Bermudez, el de el rojo estandarte, y Don Alvar Salvadores, con su gaban de piel de búfalo. Las pisadas de los caballos se imprimen en la mojada arena, y aparece la playa coronada de guerreros y de bridones fogosos que disputan al viento su ligereza, y á la mar su espuma. Murallas de Valencia, pronto ostentarán en vuestros campos el espíritu denodado que los alienta, y sereis testigos de sus inauditas y nobles hazañas.

En efecto: ya se descubren las agujas de las mezquitas de la hermosa ciudad: conmuévense los co-

razones de los valientes, y el grito nacional de Santiago, y viva la Cruz, hiere los aires. Desplegan las tiendas de campaña á la vista de Edeta por la parte del mar, apoderándose del Grao; clavan en tierra las lanzas; y la bandera del Cid, cuya custodia está confiada á los mas distinguidos señores, ondea desplegada al viento, y clavada en la cúspide de su anchuroso pabellon.

CAPITULO QUINTO.

La noche de luna.

Cuando el egército del Campeador plantó sus tiendas á la orilla del mar cercando á la hermosa ciudad, era la hora en que el lucero vespertino amanece en el cielo vertiendo ráfagas suaves de luz. Se traspuso por fin á las lejanas nubes; y salió encendida de las brillantes ondas la luna llena rayando en la altura de los montes. Temblaban en las espumosas aguas sus plateados rayos, y brillaba la playa tan clara y apacible, como si la dorara la luz del

mediodía. Los blancos pabellones colocados en la sonante arena, que tal vez agitaba el viento, semejaban mirados desde el mar otros tantos colosales fantasmas cubiertos con niveas y anchurosas vestiduras.

Pareció á Gil Diaz aquella noche la mas fresca y deliciosa que habia visto: y acordó cenar con mucho remanso al borde mismo del agua y á la luz de la luna, para paladearse mas á su sabor con un buen tajaso de ternera y una bota del mas preciado y rico vino que crian las viñas de Andalucía. Sentóse pues el gloton escudero en una peña, de modo que las ondas le besaban los pies al espirar y deshacerse en aquel sitio: puso la bota entre las piernas, y con la mejor gracia y el mas despierto apetito comenzó á embaular-

se la cena mascando como suele decirse á dos carrillos.

Pero cuando estaba á la mitad de esta dulce y necesaria tarea, vió venir del fondo del mediterráneo hácia donde él estaba un pequeño batel conducido á lo que parecia por un solo hombre. Y aunque era miedoso de suyo, no se movió del peñasco, ya por darse á entender que seria algun guerrero del egército que iria solanzándose por alli para gozar del ambiente que soplaba, ó bien por no interrumpir, y esto será lo mas cierto, la agradable faena que le ocupaba. Llegó el bote á la orilla, y saltó un soldado que por su gaban y por su casco pasó plaza de cristiano: y tomando asiento sin mas ceremonia al lado de Gil, le dijo:

= Cuerpo de mí, y cómo se come las manos el señor Diaz tras la sabrosa ternera: ¡tal debe de ser su hambre! Pues á fe que no parece sino que haya estado á diente un mes entero: suelta, harton, goloso.

Y diciendo y haciendo, arrebató el tajaso de manos del escudero, y le envasó en su estómago menudeando los brindis y prorumpiendo á cada punto con la boca llena en chistes y agudezas que hacian perder los estribos al criado del Cid.

= ¡Voto á mi abuela! esclamó este, que es su merced el mas gárrulo militar que hay bajo la capa de los cielos, y no muy tardo de manos. Pero hablando en plata, ¿podremos saber quien ha facultado á su merced para darse un hartazgo á costa agena, y para que los demas este-

mos pierna sobre pierna y brazo sobre brazo, viendo y oyendo el sonoro movimiento de sus mandíbulas? Digo que para quien viste hábito de soldados, que son la misma cortesía, no es andar muy cortés ni comedido el acometer á uno que vive en paz, y saltearle su cena.

=¡Oh que poco entiendes de achaque de milicias! respondió el soldado. A almibar y á torreznos me hubiera sabido á mí un pan duro, cuanto mas un trozo de ternera con el hambre que traía: porque te hago saber, que estan ahora los mahometanos en su ramazan ó cuaresma, y es necesario asir de hoz y de coz y de los cabellos la ocasion que se presenta de lograr el tiro.

=¿Luego su merced es moro?

= Y cristiano, replicó el militar. ¿Pues que no me has conocido, pobre diablo? ¿No te acuerdas de Vellido Dolfos?

= ¿Tú eres Vellido? gritó Gil haciéndose cruces. Ahora digo y diré toda mi vida que es mi estrella el que me persigan los diablos por donde quiera. ¡Válgame Dios, por no decir Satanás, y que descomulgado mastin se ha engullido mi pobre cena!

= ¡Hola! señor Gil, ¿de esas tenemos? Pues hazte cuenta que como trates asi á un antiguo camarada, te hago añicos la cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Por vida del venablo que clavé en las espaldas del Rey Sancho junto á los muros de Zamora, que como salgas un punto de mi voluntad en esta noche, te

mas cerca de nosotros se halla el lienzo donde estan pintados. Admiró el héroe la paciencia y los preciosos metales que necesitara emplear Hiaya para trasladar los enormes peñascos que formaban las grutas y cuevas, los cuales mandó traer de lejanos montes. Y arrobado, suspenso y dudoso sin saber qué pensar de aquel acontecimiento, se puso á llamar á los soldados que le acompañaron para que le mostraran la salida del laberinto.

Pero sus voces se pierden y confunden en la encantada selva, sin que ni el eco responda á los acentos del guerrero. Busca con desesperados ademanes una senda que le conduzca al palacio, y jura derramar la sangre de los alevosos musulmanes que en tan críticos momentos le han encerrado

en el mágico retiro. Trae á su memoria el combate que el denodado incógnito ha trabado con Abenxafa para darle tiempo de cumplir sus deseos, y recuerda las tiernas súplicas del valiente Rodrigo cuando le diputaba para hablar á su esposa. ¿Y no la veré? esclama afligido. El honor enciende la generosa sangre que corre por sus venas: alza los ojos una y otra vez al cielo, vuela con amenazador continente de una en otra parte, se detiene, limpia el sudor que baña su frente, y conoce por fin que los viles soldados de la media luna le tienen preso para sacrificarle cuando les plazca.

Siéntase fatigado y resuelto á vender cara su vida, y los melifluos sonidos de una sonora arpa le sacan de aquella suspension, despertando

en su mente pensamientos harto mas lisonjeros. Sin duda es este el pais de los encantos, dice entre sí al levantarse: y mirando hácia el lado por donde se percibia el armónico instrumento, descubre encima de la última roca de donde se despeñaba la caseada una ligera doncella mas apacible que la primer aurora del otoño, y mas fresca que las hojas interiores de un capullo de rosa. Parecia al mirarla de pie en aquella altura que se sostenia en el aire, y que los hilos de la cascada que de sus plantas se lanzaba eran otros tantos rayos de plata que su imagen despedia. No de otro modo erró Diana por las deliciosas y argentadas cumbres de los montes en busca de su caro Endimion.

Ordoñez contempla á la aparicion

enagenado, como si descendiera del empíreo á darle consuelo, y la ninfa por su parte le observa atentamente fijando en él sus lindísimos ojos. Aparta el delgado alfaréme que cubria su rostro, y el héroe reconoce á Doña Elvira en muy distinto trage del que llevaba cuando á orillas del Turia estuvo aguardando á su incógnito amante. Eran por demas la gracia y sencillez que campeaban en el delicado mongil que vestia sin duda en muestra del dolor que su cautiverio le causaba: diera aquel trage á su figura un aire de ligereza y elegancia, que unido al prestigio de la empinada roca que hollaba descubria el esplendor de su belleza en el punto mas ventajoso á sus gracias. Los vapores del agua que sutilmente se elevaban en tor-

no suyo y la diáfana albura de las vertientes de la cascada, hacian mas niveo y puro el color de su tez: al paso que el viento que ondeaba su alfaréme ocultaba á veces los ojos para tornarlos á descubrir en todo el lleno de su angélico brillo.

= Señora, dijo Lara alzándose la visera, vuestro padre me envia á informarme de las cuitas que os afligen: y aunque los socorros de un hombre serán inútiles á una divinidad, sin embargo holgaria de poder decir á mi amigo que no habia desempeñado mal mi comision.

= Caballero, respondió Elvira, agradezco tan cortés oferta. Si se asemejan á vos los paladines que enristran la lanza en esta lucha, no dudo recobrar en breve la libertad: porque en vuestro talante, en vues-

tro brío y en vuestra atildadura leo el arrojo y singular valor que mostrareis en los combates.

= Por la cruz santa, añadió Lara, que cuando desde hoy recuerde que por vos y en pro de vuestra hermosura peleo, ha de ser tal la intrepidez que me acompañe, que raye en el estremo del heroismo. Y no porque yo presuma de mí tan altas cualidades, sino porque vuestra imagen soberana será parte á infundirme ardor y á trasformarme en otro hombre. Pero, decidme, donosa hija del Cid, ¿podré ver á vuestra madre? Porque no osaria comparecer ante vuestro valeroso padre sin poder darle alegres nuevas de su Ximena y de su Elvira. ¡Si le vierais con que marcial aliento queda disponiéndose para asaltar

esta ciudad, y poner en cobro y sobre las niñas de sus ojos á las caras mitades de su corazon! No hay encarecimiento que pueda pintaros su dolor: porque el Cid asi como es único en el mundo en la valentía, primero en la gentileza, fenix en la amistad, y magnífico en la desgracia agena; no tiene tampoco segundo en la ternura y en el amor de su familia.

= ¡Que dulces me suenan en los labios de un guerrero los elogios de mi adorado padre! Cualquiera que seais, valiente caballero, conservaré de vos una memoria grata: los acentos que acabais de pronunciar han extasiado mi espíritu con mas fuerza que los suaves sonidos de mi arpa, ó los armoniosos trinos del ruiseñor cuando rie la luz de la maña-

na. ¿Podreis trepar á esta roca, y os conduciré al aposento de mi madre? Advertid que nadie ha osado á tanto hasta ahora, segun dicen: y que un infiel que lo intentó, rodó por esas peñas dejando en ellas su existencia.

Los peligros son incentivos y despertadores para el pecho impávido de Ordoñez que se encarama por las rocas agarrándose de los arbustos unas veces, y clavando otras por entre peña y peña su espada para asirse de ella y encumbrarse por grados. Ya resbalan los pies, y queda colgado de una sutil planta y próximo á despeñarse: ya el enorme peso de sus armas le hace perder el equilibrio en una cortada roca donde se sostiene á caballo, y parece que va á dar de espaldas en

el suelo: ya la vertiente del agua cayendo de hilo sobre su casco le quita la vista, y no sabe cómo libertarse del peligro que le amaga.

Pálida y muda la hija del Cid, le mira sin moverse, semejante á una estatua, á cuyas plantas combaten los héroes: ó como un angel que sentado en una nube presencia las desgracias que se precipitan sobre los humanos, sin poder estorbar que el torrente de las pasiones los inunde y arrebate. Pero la destreza y el arte de Ordoñez vencen por último los riesgos, y pisa ya con gentil continente la cúspide donde está Elvira.

= Arriesgada empresa es, dijo sonriéndose, levantarse á las regiones del aire donde habitan los inmortales.

La linda joven correspondió con

una delicada sonrisa á esta lisonja, y tomando el arpa que habia colocado sobre la roca, principió á saltar de peña en peña con buena gracia y gentil talante. Seguíala el valiente guerrero con la misma agilidad que si corriese á sorprenderla, y ella se deslizase de entre sus manos: ó bien como la bella Dafne huyó un tiempo de su amante negándose á sus amorosas caricias. Entraron por una pequeña abertura practicada en una roca al regio palacio, donde sentada en rico escaño de alherce cubierto de un muelle almadraque se ostentaba triste y meditabunda la ilustre esposa de Rodrigo de Vivar. Aromatizaba la estancia un bello zaquizamí: y estaba adornada con alcatifas de Persia, con aureo guadamecí, con ataugía, y con soberbios

y ocultos perfumadores de marmol que respiraban delicioso ambar. La matrona hizo un movimiento de sorpresa al ver entrar á su hija seguida del cristiano caballero, y poniéndose en pie con muestras de inquietud, le preguntó la causa.

= Por el cielo os ruego, amable Ximena, esclamó Lara, que calmeis ese desasosiego. Vuestro esposo, el intrépido y amartelado Rodrigo, me manda significaros los tormentos que acuitan y angustian su corazon desde que hirió sus oidos la noticia de vuestro cautiverio. Vuestra hija Doña Sol huelga ya en sus brazos desde el dia en que por azar caisteis en poder del furibundo Abenxafa. Consolaos, pues, hermosa Ximena; y esperad tranquila que vuestro Cid y los palatines que le acompañan rom-

pan las indignas cadenas que os aprisionan en este dorado alcazar.

= Bendiga Dios, contestó la matrona castellana, los labios que tan felices nuevas me traen. Decid, generoso caballero, á mi Rodrigo, que su Ximena llora asaz desconsolada desde que no pueden sus ojos encender en los de su esposo la lumbre que los alegra y serena: decidle que fio á su vigoroso brazo la venganza de los ultrages que he recibido: y decidle que anhelo verle clavar el estandarte que bordé yo en la cumbre de este palacio. Dadle esta cruz de oro para que la cuelgue de su cuello, y sonando al andar sobre su peto de metal, le traiga á la memoria con sus sonidos el nombre de la madre de Sol: y en gracia del júbilo que vuestra emba-

jada me ha causado, admitid vos esta patena que tengo en mucho precio. Mandad tambien albricias á mi hija, que si goza, como decís, las caricias de su padre, está en el cielo de su dicha, y solo envidia debe escitarme.

= Correspondeis, ilustre señora, en vuestros acentos y en vuestras acciones á quien sois. Toda mi vida bendeciré los breves momentos que gozo el placer de admiraros: corro á cumplir vuestras órdenes, porque la menor dilacion causaria un diluvio de pesares á vuestro esposo.

El entusiasmado caballero habia puesto en olvido los obstáculos que debia de vencer antes de lograr salir del palacio: y á no ser por la industria de Elvira, de ningun modo lo hubiera conseguido. Condújole es-

ta por retirados y secretos aposentos á los sótanos del edificio por donde era facil abrirse paso al patio de los centinelas, y con la espada en la mano libertarse del peligro. Ordoñez embistió con los miserables que osaron hacerle frente, y acuchillando á unos y derribando á otros, se puso de un salto en la calle.

Interin el héroe con su marcial y brioso aliento habia cumplido tan á su gusto la embajada que le dió el de Vivar, se batia intrépida y denodadamente el incógnito amante de Doña Elvira con el furioso Abenxafa. A los descomunales botes con que despues de mil raras pruebas de agilidad y destreza atraviesan los escudos, saltan hechos pedazos los hastiles de las lanzas: y por una inspi-

racion simultánea se tiran entrambos combatientes de los caballos al suelo, empuñan los aceros, y dan principio á una lucha mas encarnizada. Acércase el incógnito á Abenxafa, le observa por un instante, se abalanza, y las espadas se cruzan, chispean, se tiñen en sangre, rompen al impulso de poderosos fendientes las fuertes armaduras, y fatigan y cansan á los héroes. Descarga el infiel un golpe en vago, y pártese su acero en dos mitades: el desconocido arroja el suyo á un buen espacio despreciando la ventaja que le da, y entrambos se asen á brazo partido.

Giran en diferentes círculos al impulso de sus fuerzas, destrozan las hebillas, se bañan en sangre y en sudor, y una nube de polvo los encubre por algunos instantes. El va-

liente cristiano hace un esfuerzo, estrecha en sus brazos al musulman, le aferra y oprime con ambas manos, logrando que descoyuntado el pecho lata con fuerza el corazon, y le derriba por último en tierra. Pónele el incógnito una rodilla á la garganta, saca del dedo de Abenxafa una sortija, y desenvaina el puñal: pero los traidores almoravides se lanzan contra el vencedor, le quitan á su Rey, y le acosan por todos lados. En aquel punto llega Ordoñez montado ya en su bridon, acomete á los traidores, y libre el incógnito del riesgo que amagaba su vida, llama con un silbido á su caballo, salta sobre él, y desaparecen los dos guerreros de la cruz, dejando absortos y pasmados á los adoradores de Mahoma.

CAPITULO CUARTO.

El juramento patriótico.

Cuando los valientes caballeros se alongaron un buen espacio de Edeta, tuvo el incógnito de las riendas á su caballo, y dijo á Ordoñez: = No es tiempo ya de emplear disfraces y arcaduces: sé, guerrero ilustre, que habeis ido de orden del Cid á llevar un mensage á su esposa, y por eso os exigí en nombre de la caballería el juramento de no sacar á luz los secretos amores de su hija Elvira. No dudo de vuestro valiente corazon y levantado ánimo,

que mientras yo me batia con Abenxafa, habreis saltado por cima de lōs peligros y de la muerte para conseguir una entrevista con Doña Ximena.

= Asi es, respondió el de Lara, porque el valor que habeis sacado á plaza en este dia abre mi pecho; y no fuera justo salir un punto de la franqueza que vuestras altas hazañas me han inspirado. Admirador eterno de los héroes, os pago el tributo de mi reconocimiento: porque mi alma que no conoce otra pasion que la de la gloria, mi alma fria y enrobrecida á las gracias y encantos de la belleza, por mas que los labios destilen por cortesía almibar entre las damas, mi alma se enciende y entusiasma con un bote de lanza bien dado ó con una cuchillada de todo punto diestra.

= Nada de cuanto decís es nuevo para mí, replicó el desconocido: he oido hablar siempre de vos como de un guerrero de bronce accesible solo á los bélicos sonidos de la trompeta. Mas de una vez he deseado ser vuestro hermano de armas; y este feliz momento hubiera coronado tan dulce esperanza, si por azar no me obligara el honor á permanecer incógnito en el egército donde enristro la lanza. Permitid que no me levante la visera, y que difiera por algun tiempo el rogocijo de mostraros mas abiertamente mi agradecimiento.

= ¿Que me importa? añadió Lara haciendo parar de repente su caballo y dando rostro á su compañero, ¿que me importa no ver vuestras facciones, si he visto ya vuestro

corazon? En los combates os reconoceré por el arrojo: ¿podeis decirme si os distingue fuéra de ellos algun título particular? ¿Usais en el escudo empresa?

=Soy el caballero del Armiño. A la pureza de este animal se asemeja mi lealtad: no dudeis que os habla un verdadero amigo.

Diciendo asi, dieron de espuelas á los bridones, poniéndose bien pronto á la vista del castillo. Mas antes de llegar á los lindes que dividian las haciendas de este, el caballero del Armiño se arrimó á Ordoñez, y le preguntó: =¿Puedo contar con vuestro favor para una gracia que necesito pediros antes de separarnos?

=La duda me agravia, contestó Lara.

=Pues bien, añadió el del Ar-

miño sacando del dedo un anillo y dividiéndole en dos mitades; de Abenxafa es la sortija que veis. Dadle esta mitad á Rodrigo de Vivar: decidle que un paladin de su egército la ganó en singular batalla al robador de su familia: y que en premio y gracia de la prez que logró, solo solicita que conceda la mano de su hija Elvira al que le presente la otra mitad de la sortija y la cabeza del fiero Abenxafa.

Dijo: y como si temiese descubrir un arcano, hizo sentir el agudo aguijon al fiero animal, y desapareció por el campo sin dejar otro rastro de sí que la nube de polvo que levantaba en su carrera. El héroe de Lara quedó absorto y suspenso, trayendo á la memoria la valentía del caballero del Armiño, y respe-

tando los secretos que le obligaban á andar tan misterioso y comedido.

Luego que Ordoñez de Lara entró por las puertas del castillo, corrió á su encuentro Rodrigo de Vivar con el rostro encendido y agitado el pecho por la duda. = ¿Las has visto, gritó, amigo Lara? ¿Viven todavía? ¿Que te han dicho de mí, ó que respuesta te han dado á las nuevas que les traías? Dímelo todo por estenso sin quitar una mínima, si es que tienes en algun precio el aire que respiro y los dias de existencia que cuento. Dímelo, valiente Ordoñez: asi el cielo llueva venturas sobre tu cabeza, y te miren siempre plácidos y alegres los ojos de tu dama.

Refirió entonces el guerrero letra por letra los sucesos de aquel

dia, y puso en manos del Cid la aurea cruz que le mandaba su esposa, y la media sortija de Abenxafa que le entregara el caballero del Armiño. = Cree, contestó el Cid, que es la mas rara y estraordinaria aventura que ha acontecido á guerrero alguno desde que se fundó la caballería. ¿Y que trazas tenia ese arrojado paladin? ¿No pudisteis por sus maneras, por el continente con que peleaba, ó por algun geroglífico de su escudo trastejar su nombre, y sacarle del borrador del misterio? Tengo para mí que debe de ser algun monarca encubierto que campea bajo el humilde título de caballero del Armiño, y es el mas poderoso, el mas atildado y principal señor que oprime los lomos de bridon alguno.

=De su clase, contestó el de Lara, nada puedo deciros: pero en cuanto á su valentía é industria, debo subirlas al último cielo de la alabanza. Asi descoyuntaba entre sus brazos al fiero musulman cuando se batía con él cuerpo á cuerpo, como si rompiese una debil lanza.

=¡Válgate San Lázaro bendito! esclamó el Cid, ¡y como le apretaria entre mis brazos si le tuviese en este punto aqui! ¿Pero que diablos de secretos pueden poner á un hombre de valor en la necesidad de callar su nombre y andar disfrazado y oculto entre las gentes? No me amaño á creer que deje de ser de importancia el asunto que tal le trae: pero sea de esto lo que fuere, quede en su punto el honor de ese incógnito; que yo asi casaré á mi hi-

ja sin que me entreguen la otra media sortija compañera de esta, como volaré por esos aires caballero sobre una nube á dar un paseo por las estrellas.

Aqui llegaban de su conversacion, cuando los instrumentos bélicos que ronca y desapaciblemente resonaban por el campo los sacaron de su elevamiento, que con el progreso tan dulce y tan suave de los valerosos hechos del caballero del Armiño iba subiendo de quilates á cada palabra. Estaba Rodrigo, por decirlo asi, bañándose en agua de rosa al escuchar tan altas hazañas que eran su fuerte: y no hubiera salido un instante de su plática, haciéndose referir las mas pequeñas circunstancias, si no le obligaran á poner fin á ella el estruendo de las armas y las pisadas

de los caballos. Habia de verificarse en tal hora el juramento de tomar á Valencia: y las haces reunidas del egército se disponian á formarse en batalla para con toda pompa y magestad asistir á la jura. Amen de los mas distinguidos gefes armados de punta en blanco con sus mas ostentosos trages, lucian tambien su gala y apostura los soldados en cuyas limpias armas y flamantes gabanes de distintas pieles se dejaba ver la riqueza del señor bajo cuyo estandarte se batian. Nada podia compararse al marcial aliento que sacaban á plaza unos hombres acostumbrados á violentar el carro de la victoria y sentarse en él: porque rayaba tan alta la fama de sus heroicidades, que de las naciones estrangeras corrian los príncipes á admirar

á un egército que levantado por un solo hombre que no era soberano, habia venido á poner en olvido todos los restantes de los monarcas que reinaban en Castilla y Aragon.

Llegaban ya á las estrellas los bulliciosos clamores de los guerreros, mezclados con el alegre resonar de los atabales, cornetas y clarines. Crecia el estruendo á medida que se acercaba el momento de la ceremonia, cual suelen aumentarse los roncos silbidos del viento cuando está próxima á estallar la tormenta, ó cual brama con mas ímpetu el océano al romper las nubes el relámpago precursor del trueno. Ardia en los corazones el amor patrio reputando aquella lucha célebre, no como el resultado de una particular venganza, sino como el noble levan-

tamiento de los paladines españoles contra la opresion de los africanos. Dábanse á entender que la tierra clásica del valor, la noble España, cuna de tantos héroes, no debia tolerar la mengua odiosa de un vencimiento para el cual se unieron la traicion de pérfidos y espúreos hijos á los vicios del fementido Rodrigo. La llama encendida por Pelayo en Asturias se habia comunicado de pecho en pecho á todos los iberos: y ansiaban el punto de lanzarse contra sus enemigos, y arrojarlos á la otra parte del mediterráneo. Valencia será libre, clamaban, y á la conquista de esta hermosa ciudad seguirán las de las riberas del Tajo y del Betis.

Habian formado en la playa de orden de Rodrigo una especie de vas-

to anfiteatro, donde debia verificarse el juramento con todo el aparato militar, y con toda la solemnidad que en aquellos tiempos semibárbaros podia dársele. Elevábase en medio de la arena una especie de tablado cubierto con ramas de laurel, y ornado por todas partes con escudos, lanzas, espadas y brillantes cascos. Pero lo que principalmente llamaba la atencion, era el desarrollado lienzo que hacia pared á este tablado, y donde se veían retratadas al vivo las mas heroicas hazañas del inmortal Rodrigo de Vivar. El valiente Enrique de Besanzon, de la casa de Lorena, una de las mejores lanzas del egército del campeador, lo habia mandado pintar en Italia poco tiempo antes con el obgeto de sorprender agradablemente al Cid

en la primera ocasion que le deparase la fortuna.

Aqui brillaba Rodrigo con todas las gracias de la juventud en la hermosa Iglesia de Coimbra el dia que entró en la orden famosa de la caballería. Armábale caballero el Rey Fernando, ciñéndole con su propia diestra la espada, y dándole paz en los labios en vez de la pescozada: la Reina por un esceso de amor increible le tenia de las riendas el soberbio caballo Babieca: y la lindísima Infanta Doña Urraca con rostro alegre y donoso continente estaba en ademan de calzarle la espuela de oro. El inmenso gentío que llenaba el templo mostraba en sus semblantes la admiracion en que le ponia tan augusta ceremonia, cuya magnificencia real no viéran en tal punto

Sug. 1.85

J. B. B. la [illegible]

Sua Familia. Pierl armas caba-
llero al Cid.

los pasados siglos, ni verán las futuras edades.

Mas allá se ofrece á los ojos la célebre batalla de Carrion. Las tinieblas han cubierto la esfera despues que el dia ha presenciado la revuelta y reñido combate de los egércitos enemigos. Yacen los castellanos rotos y vencidos en su campo, mientras dulce y reposadamente huelgan sus contrarios en las tiendas de campaña. Unos escancian el suave licor de Baco trasejándole de los zaques á los orondos vasos de madera, y otros despues de haber contemplado las estrellas bebiendo á todo su talante, se ven salteados del sueño y caidos por el suelo. La dulzura de la victoria los embriaga á todos, y entre alegres festines,

báquicos himnos, y lascivas danzas gózanse y se solazan á todo rueda. Alumbran los campamentos grandes hogueras: y cuando ya solo se eleva el humo de estas, chispeando debilmente los estinguidos troncos, rie en el cielo el primer rayo del alba, á cuya vislumbre los castellanos penetran en el campo, y caen sobre los vencedores. El héroe de Vivar y el Rey Sancho marchan á su frente sembrando de cadáveres el camino que huellan. Parece el Cid el angel del esterminio que deja por donde pasa los rastros de su sangrienta carrera. El infelice Alfonso huye con la corona en la mano y el regio manto arrollado al brazo: acógese á un templo de Carrion, pero alcánzale el Cid y le hace prisionero;

porque su alado bridon deja atras al viento cuando siente los acicates de su señor.

Las hermosas plumas del dorado casco dan á conocer á Rodrigo en otra parte, batiéndose con marcial espíritu á orillas del rio Ebro. Alfagib y Sancho, Reyes el primero de Denia y el segundo de Aragon, desplegan sus haces cerca del castillo de Alcalá: pero resplandece el acero del Cid como un relámpago en la tormenta, y todo sucumbe á su inmenso poderío. Los pies de su caballo huellan las coronas y cetros de los vencidos monarcas: y cien y cien caballeros amarrados con fuertes cadenas caminan atraillados á la cola del bridon que relincha soberbio tascando el aureo freno, alborozándose con el sonoro pretal, y ar-

gentando la tierra con su espuma, como si se engriese y ufanase con las victorias del impávido ginete.

Llegaron á la especie de anfiteatro los ordenados escuadrones al son de las cajas y trompetas, y los caballeros particulares con sus escudos de armas clavaron los estandartes en torno de la bandera del Campeador, bordada por Ximena, y bendecida por el Abad de San Pedro de Cardeña en la Iglesia del monasterio, cuando salió Rodrigo desterrado de Burgos. Una música suave de alelíes, añafiles y adufes hirió los aires en tanto que el Cid con la espada desnuda en una mano y el libro del Evangelio en la otra, gritó á sus guerreros: = ¿Jurais, valientes españoles, reconquistar la libertad de nuestra dulce patria Es-

paña, encadenada por los tiranos de Africa, dando principio por la conquista de la hermosa Valencia?

Los soldados inclinaron sus lanzas á la vez, y doblando una rodilla, dijeron: »lo juramos." Entonces comenzaron las haces á desfilar por delante del tablado, poniendo los gefes á nombre de sus legiones las manos en los santos Evangelios con mucho respeto, y renovando el juramento de romper los hierros de la patria.

De repente se levanta un anciano que habia permanecido sentado junto al Cid: las barbas blancas como el ampo de la nieve, la túnica negra y la cítara que sostienen sus manos imponen silencio y veneracion. El rostro se enciende inflamado por el divino estro que enarde-

ce su ánimo, y el carmin que lo colora contrasta con el alabastro de sus cabellos, semejando á una rosa que ha nacido entre la nieve. Hínchanse sus venas azules: brillan los ojos como un lucero que se divisa en una noche oscura por entre dos nubes que se han separado. Todos callan: hasta el viento ha amainado sus brios, y la mar sus ondas: resuenan las cuerdas de la lira, y suelta la voz á este cantar.

EL CANTO DEL TROVADOR.

Al suave esplendor del crepúsculo, cuando el lucero vespertino riela en el cielo, caminan los héroes por un bosque de lauros que sombrean las tumbas de sus mayores.

Descienden las nieblas unas sobre otras en alas del viento: cúbrense de negras nubes los cielos en un punto: cierra la noche, y el estampido del trueno retumba de monte en monte.

Levántanse á la luz de los relámpagos las venerables sombras de los muertos, niveas como la espuma que argenta al escollo donde revientan las rabiosas olas, y gigantescas como las pirámides de Egipto. Tiembla la tierra que huellan: ocultan entre las nubes sus aereas cabezas: y vagan por la selva cual si fueran remolinos de polvo que lanza el aquilon.

Pero óyese súbito una voz augusta y resonante como el soplo del

vandabal, y dulce como el canto del ruiseñor oculto detras de las hojas del torongil. Un frio mortal circula por los huesos de los guerreros, al paso que prueban una emocion grata que los halaga. Asi es la tormenta: encanta el relámpago que dora los negros nubarrones, y nos hiela la sangre el retumbar del trueno.

»¡Que! dice la voz: ¿el fuego sacrosanto de la patria no arde en vuestros corazones? ¿No sentís el fervido entusiasmo que llenaba los pechos de los habitantes del Tiber? ¿La tierra que blanquea con los huesos de vuestros padres, no despierta en vuestra mente altos pensamientos? ¡Ay del hombre vil cuya alma no se exalta á la vista de las ondas del rio que lamió al pasar su cuna.

Marque su frente el clavo de la servidumbre, y arrastren sus pies las cadenas del oprobio. Nunca dé su rostro al sol, sino camine con los ojos clavados en tierra y las manos atadas á la espalda cargada con el peso del látigo. La sonrisa del menosprecio anime los rostros de sus conciudadanos al mirarle, sonrisa mas amarga que el jugo de la retama y que la hiel de la víbora.

Hubo un tiempo en que á las orillas del Eleusis y del dorado Pactolo resonaba la voz de la patria, y cual si trocara los hombres en arrojados leones, resplandecian al punto los escudos y las lanzas, y era glorioso espirar en defensa del pais natal. Los padres mostrando á sus hi-

jos por la noche los resplandecientes meteoros, ved, les decian, las almas de los que mueren por la patria.

¡Oh Leonidas! tu dulce nombre es todavía el recuerdo mas grato que puede asaltar la mente del varon que ama el cielo, bajo el cual gozó la primer aurora: es como el sonido melífluo del arpa percibido desde la cumbre del monte plateada por la luna llena. Algunas de las rocas que se alzaban en las Termópilas han sido destruidas por el carro de los siglos que las ha desleido: y tu nombre dura intacto como el sol en el olimpo.

Sombra de Curcio, ¿donde te escondes? ¡Ah! es en vano: la aureola

he de dar una tanda de azotes que no la cubra pelo.

= El señor Vellido, contestó Gil, tenga los cepos quedos, que estas uvas son para colgadas: y yo no soy hombre que me dejo manosear de nadie. Digo que holgaré de servirle en gracia de nuestra antigua amistad, siempre que no me mande cosas que redunden en contra de mi conciencia, que no la tengo tan ancha como algunos.

= Mas arrequibes tienes tú, y mas caña eres, dijo Vellido, que el mismo Merlin. No hay que andarse por las ramas y ponerse en toldo y en peana, que aqui sabemos quien es quien. ¿Has echado en olvido aquellos dias de holgura en que solíamos beber los vientos

por un añejo zaque ó por una muchacha ojinegra?

=¿Y que tienen que ver, si te place, esas travesurillas con haber dado muerte á un Rey, y haber renegado? ¡Ay, Vellido! en alto puesto debes morir si no te van á la mano, y le andas poniendo cascabeles al gato.

=Déjate de profecías, Gil, y dime si serás hombre para entregarme una cabeza que necesito, y que á lo que entiendo me ha de valer una bola de oro tamañita como ella.

=¡Jesus, y cómo te ha puesto los cascos, dijo Diaz moviendo la pierna con ligereza, el vino que has bebido! Asi tocaré yo la uña de un solo dedo, como por los cerros de

Ubeda: ¡pues es chanada lo que me pides!

= Gil, gritó Dolfos desenvainando un terso puñal, los momentos son preciosos, y por vida de Mahoma, que no puedo perder uno solo. Como declares mi nombre, ó digas á alguno que me has visto, visitará tus entrañas este acero. Necesito desempeñar una comision: guíame á la tienda del caballero del Armiño.

= ¿Y quien es ese guerrero? dijo Diaz á media voz todo aturdido por el miedo.

= Lo ignoro, repuso Vellido: solo sé que en este campamento hay un caballero desconocido, cuyo título es ese: y aun sino me engañan las noticias que me han dado, debe á

estas horas tocarle la custodia de la bandera del Cid.

=Siendo asi, añadió el escudero de Rodrigo, facil es encontrarle: por lo que á mí toca, mucho amo la vida, pero no la compraré á precio de una traicion.

=¡Bellaco! esclamó el renegado dando de un empujon con Gil en el agua. Descubro de aqui el ondeado estandarte, y él me guiará en la aventnra que emprendo: pero mala te la mando si osas moverte un negro de uña de esta roca.

Encaminóse dicho esto á las tiendas, dejando á Gil pavoroso y aterrado, porque nada bueno se prometia del malvado militar. Era Helial Alfonso, ó como todos le llamaban Vellido Dolfos, un joven de lucios

cascos y corazon perverso que á trueco de darse un filo en esto de la holganza y buen vivir, arrancara él las niñas de los ojos á arañazos á un egército de jayanes. Habia sido en su mocedad el trástulo y alegrador de las mas famosas tabernas: y como la ociosidad se da la mano con los vicios y los vicios con los delitos, vino muy pronto á dar de ojos en el homicidio.

Con tan brillantes disposiciones para cualquier arriesgada empresa, pusieron en él los ojos los zamoranos cuando Don Sancho tenia sitiada á su hermana Doña Urraca en aquella ciudad. Fue pues el caso, que andando el sitiador Monarca esparciéndose por aquellos campos en compañía del Cid y de Don Diego Ordoñez de Lara, llegó bonitamente Ve-

llido, y le clavó un descomunal venablo al Rey por la espalda, de cuya herida murió muy luego. Recibió en seguida el premio de su crimen, y dándose á entender que entre cristianos no estaria muy seguro un regicida, partió á Valencia, y sentó plaza en las filas de los sarracenos, teniendo despues gran parte en las revueltas de esta ciudad y en la muerte de su Rey Hiaya.

Cuando se encaminó á los pabellones, encubrian la luna por aquella parte unas negras nubes que subian de occidente, y daban sombra á la playa, oscureciendo de todo punto las silenciosas calles de tiendas. Custodiaba la gloriosa bandera de Rodrigo el caballero del Armiño, que tácita y pausadamente se paseaba por delante del pabellon con la

visera caida y la lanza en la mano. Los guerreros yacian en brazos del sueño, y era tan profundo el silencio que reinaba, que á pesar de la arena y del cuidado y destreza de Dolfos, resonaron bien pronto sus pisadas en los oidos del caballero. Volvióse con presteza hácia aquel lado, y blandiendo la lanza, gritó con una voz robusta: = ¿Quien va?

= Un soldado, respondió Vellido.

= ¿Y que diablos buscas á estas horas por aqui? replicó el centinela. Retírate, ó seas quien fueres, te haré volver á galope.

= No hareis tal, repuso muy tranquilo Dolfos, porque soy el mensagero de una persona que os es muy querida, y pido albricias en vez de lanzadas.

= ¡Mensagero! murmuró entre

dientes el del Armiño. Debes de estar bebido, y vienes sin duda á dejar el alma á mis pies: porque tal será tu suerte si faltas á la verdad. Acércate.

Llegóse entonces el soldado con muestras de mucho respeto, y preguntó: = ¿Sois vos el caballero del Armiño?

= El mismo.

= ¿Conoceis á una dama llamada Doña Elvira, que está á la sazon presa en el alcázar de Abenxafa?

= ¡Vive Dios! repuso con viveza el caballero, que hago rodar tu cabeza como sigas moliéndome á preguntas. Dí tu mensage, y acabemos.

= Esta hermosa doncella, pues, tiene precision de veros, y se digna mandaros que me sigais. Un batel nos conducirá por el mar á la em-

bocadura del Turia, y siguiendo su corriente llegaremos á una solitaria alameda, donde os espera la señora de vuestros pensamientos. Y si no quereis dar fe á mis palabras, creed al menos á este rubí que suele resplandecer algunas veces en su frente.

Absorto quedó y arrobado el caballero del Armiño con estas últimas palabras. Tomó el rubí de manos de Dolfos, le miró y examinó con la mayor atencion, y sacó de su examen que era en efecto de la hija del Cid. Tras esto comenzó á pensar qué debia hacer en tan critica situacion. Dejar de acudir al llamamiento de su amada, era contravenir á las leyes de la hermosura mas preciosas para un paladin que el aire que respiraba. Porque el entusiasmo que poseía á los caballeros

[illegible]

— [illegible] y es necesario partir en esta [illegible] sin mas dilaciones?

— Así pido, y eso quiero.

— ¡Y como he de desamparar yo al [illegible] confiado á mi valor? [illegible] que mi vida es mi [illegible], pero antes que la dama es [illegible].

El caballero pronunció esta reso-

lucion con un tono de convencimiento que sacaba á luz sus altos y generosos pensamientos. Volvió á pasearse por frente de la tienda, no ya con el continente y remanso que usaba antes, sino á largos pasos, como aquel que tiene el espíritu agitado y exaltada la mente. Paróse por último, y dijo: = Si mal no me acuerdo, hasme dicho que la señora de mi corazon queda esperándome en una alameda.

= Asi es, contestó Vellido Dolfos suspirando. La enamorada dama ha saltado por cima de mil muertos, y os aguarda con una dueña á la sombra de los árboles.

El caballero del Armiño pareció entonces mas azorado y dudoso: clavó los ojos en la arena, púsose la una mano á los labios, mientras con

la izquierda sostenia la lanza: y despues de un rato de suspension, gritó:

= ¿Ves aquel monton de arena que principia á platear en este instante la luna? Pues siéntate alli, que dentro de breves instantes iré, y me conducirás donde te plazca. Pero, ¡ay de ti, si revelas á nadie el obgeto de tu embajada, ni el nombre de quien te manda!

= Digo, replicó el soldado, que mi boca es un ayunque cerrado con diamantes, y que no lo abren ni los golpes del martillo.

Asi hablando se dirigió al lugar señalado: y el cabállero del Armiño golpeó con el cuento de su lanza la puerta de la tienda inmediata al pabellon del Cid, y tornó á pasearse por debajo del estandarte, aguardando á que le respondiesen. A cor-

los momentos salió Ordoñez de Lara, y preguntó al centinela. = ¿Habeis por ventura llamado á esta tienda?

= Sí, respondió el caballero: me he atrevido á turbar vuestro reposo, porque necesito de vuestro favor. ¿Me conoceis?

= ¿Creeis, contestó Ordoñez, que pueda tan pronto haberme olvidado de mi valiente compañero? Os reconozco por la voz, aunque á decir verdad, los latidos de mi corazon me habian hecho adivinar quién me buscaba. Pero advierto que estais de servicio, y que la custodia del cristiano estandarte se ha confiado al valor de vuestro brazo.

= Asi es, dijo el del Armiño; y os he despertado para que tengais á bien ocupar mi lugar hasta que dé

fin á un suceso en que se ha comprometido mi honor. Será facil que no pueda regresar hasta despues de muy entrado el dia: y asi os suplico me perdoneis la libertad que me tomo, causándoos tan gravísima molestia.

= Por San Juan Bautista os ruego, añadió Lara, que pongais término á tanta cortesía. ¿Pues hay mas que decir, tomad esta lanza, y no gastar tanta albaraca y tanto melindre? ¿Por que razon ha de poder la primer dama á quien le viene en deseo mandar á un caballero que se arroje desde la cumbre de un monte á la profundidad de las aguas, y un compañero de su misma orden ha de andar comedido y demasiadamente cortés para exigirle una pequeña gracia? Y á las veces, la

tal es una paz-puerca no harta de tirar de un copo de estopa, una pela-ruecas levantada de ayer á hoy de la paja á las almohadas y alcatifas, y de arambeles á marlotas y cendales.

= Ya pues que tanto me favoreceis, replicó el caballero del Armiño algo disgustado de que su amigo no acatase á la hermosura con mas respetuoso talante, me alejo con vuestro permiso, porque cada minuto es para mí un siglo.

Los dos amigos se despidieron repitiéndose iguales ofrecimientos á los que se habian hecho en su última entrevista, y el paladin del Armiño corrió adonde Dolfos estaba para encaminarse al batel que habia quedado en la orilla del mar junto á Gil Diaz. El bueno del escudero ha-

bia probado una y otra vez á levantarse de la roca con ánimo de regresar á la tienda de su amo. Pero desde el punto en que faltó Vellido de su lado la noche que era clara, como hemos dicho, se tornó nebulosa y oscura: y pareciéndole á cada movimiento que hacia que le observaba el sangriento Dolfos, temia que cumpliese al pie de la letra la sentencia que contra él habia pronunciado. No tuvo pues mas arbitrio que encomendarse á San Lázaro, de quien era asaz devoto, y cerrar de cuando en cuando los ojos por no ver los relámpagos que salian del fondo de las aguas, encendiendo con su luz los nubarrones. Vióle Vellido Dolfos, y receloso de que con alguna habladuría despertase las sospechas en el ánimo del caballero á

quien conducia al pequeño bote, le dijo: = Debo advertiros que ese que veis sentado en la roca es un criado de Doña Elvira que me ha acompañado, y como el pobre tiene los cascos como Dios es servido, ha dado en el gracioso disparate de que quiere quedarse aqui entre cristianos, y decir al Cid que su hija está desojada y perdida por vos. Será, pues, preciso que me ayudeis á envasarle en el batel mal de su grado, que yo le amenazaré para que calle, y conseguiremos traerle á razon.

El caballero, oido esto, se acercó á Gil Diaz, y le preguntó con suave tono: = ¿Sois de la familia del Cid?

= Para servir á su merced, res-

pondió Gil temblando de pies á cabeza.

No dudando por esta respuesta el caballero de que era cierto cuanto le habia afirmado Vellido, tomó en brazos al escudero, y sin mas cumplimientos le puso en el batel amenazándole de arrojarle al mar como abriese los labios. Tras esto entraron el incógnito y Dolfos, y principiaron á surcar las embravecidas olas que en tumbos se levantaban, y estrepitosamente se dejaban caer. De admirar era el compungido rostro que ponia Gil á guisa de penitente con los ojos preñados de lágrimas, dando unos dientes con otros, y cruzando las manos cuan apretadas podia. Diera él al diablo la cena y al que le pusiera ganas de ir á la ori-

lla del mar reputando por el mas desacertado y peligroso intento el de sentarse junto al agua.

Contrastaba muy particularmente la afliccion del criado de Rodrigo de Vivar con el resuelto ánimo y arrogante espíritu del caballero del Armiño. Habíase puesto en corazon de romper por medio de un ordenado egército, si tal necesitara, para llegar á los hermosos pies de la alta y soberana señora de su alma. En vez de saltear su pecho la natural zozobra que engendran los riesgos, parecíale de perlas aquella ocasion para mostrar que el cielo le destinaba á emprender magníficas y sobrehumanas aventuras.

La tempestad entre tanto seguia embraveciendo los vientos y aumentando el profundo bramido del al-

terado mar. Llegaron al desaguadero del Turia, donde la fuerza de las olas empujaba y lanzaba atras la corriente del rio, y entraron en él á fuerza de remo. Navegando despues contra el impetuoso curso, dejaron á las espaldas el mediterráneo, marchando bajo de gigantescos cañaverales que meciéndose ruidosamente formaban al inclinarse movibles sombras que aumentaban el terror y las tinieblas de la tormenta. Aquellos floridos campos que esmaltan las riberas del Turia se presentaban á la vista como un caos de confusion, donde el silbido del viento y la oscuridad reinaban solamente. Tal vez de cuando en cuando resonaba un chillido de mal agüero, ó remedaba á lo lejos la borrasca los ayes de un moribundo. Desgracia-

damente para los tres navegantes se convirtieron los truenos en deshecha lluvia, y por todas partes los inundaba el agua calando sus vestidos y remojando sus cabezas sin piedad. Dióles consuelo Dolfos con decirles que no distaban ya un tiro de arcabuz del sitio donde debian desembarcar, y que no podian menos de divisarse ya los árboles bajo los cuales aguardaba la dolorida señora. Al oir esto Gil, le dió un vuelco el corazon, juzgándose próximo á exhalar el último aliento, bien seguro de que á él no le esperarian doncella ni dueña alguna, por mas docenas que tuviese la dama de quien trataban.

Saltó Vellido Dolfos á la ribera, y atando el bote con una soga al tronco de un arbol, se puso á mirar á

todas partes como quien busca con los ojos algun obgeto. El caballero del Armiño, lleno de la confianza propia de las grandes almas, y acompañado de su marcial denuedo, puso los pies en la mojada yerba seguido del desgraciado Gil Diaz que le miraba de mal ojo, temblando de que se acercase el momento crítico de desenlazar aquel drama. Luego que todos tres hubieron abandonado el batel, y metido en una alameda de altos y copados árboles, dijo Vellido en alta voz: = Salid, hermosa señora, que aqui os traigo al valiente caballero del Armiño mas manso que un cordero, el cual viene á ponerse de hinojos ante vuestra soberana presencia, y á acorreros con la fuerza y valor de sus robustos y vedijosos brazos.

Aun no habia dado fin á estas palabras, cuando de aqui, de allá y de todos lados principiaron á salir tantos árabes como si se abriera la tierra, y en vez de metales arrojara hombres. El caballero antes se sintió sin armas y aherrojadas las manos con una pesada cadena de hierro, que advirtió tan negra traicion. En vano retó á los traidores y los amenazó con la venganza del egército cristiano y con la de Dios que es mas terrible: sus voces se perdian en la ribera, y los descreidos perros le contestaban con sendas carcajadas y alborozados gritos que manifestaban la alegría que habian recibido con su prision. Reinó de repente el silencio, y adelantándose con amenazadores ojos y fiero ademan el infame Abenxafa, detuvo la

henchirse con la gloria de haberle vencido. Tú le has robado el alma de una cristiana que le tiene hechizado, y que por ti paga con odio el amor que le tributa: cruel nazareno, las volcánicas cenizas que lanza el abismo no son tan fatales á los sembrados como tu aliento á las venturas de Abenxafa. Si no temiera manchar mis manos con tu impura sangre, yo holgaria de arrancarte el corazon: pero á mis ministros toca tan execrable oficio.

El mahometano no quiso oir ya la voz del caballero, porque sus acentos le sacaban de quicio produciendo tal despecho en su mezquina ánima, que parecia un furioso que ha roto la jaula donde yacia encadenado. El incógnito por el contrario satisfecho de sí mismo, y con la

tranquilidad que goza siempre la inocencia, permanecia resignado, y esperando su última hora con la indiferencia de un hombre que tiene la vida en poco precio. Abenxafa dió órdenes á su guardia: y el infeliz caballero cercado de fieros soldados y recibiendo á cada paso un insulto, fue conducido á la ciudad y sepultado en el panteon de los reyes moros, que era reputado por el edificio mas fuerte y seguro de la ciudad, á escepcion de los palacios. El malvado gefe de los árabes no habia hecho levantar la visera al caballero quizás por la repugnancia que le inspiraria ver el rostro de su víctima, rostro donde juzgara que habia de leer el desprecio de un vencedor para con el hombre que ha

vencido y humillado á todo su talante.

Cuando los musulmanes abalanzándose al del Armiño le amarraron para privarle de la defensa, Gil Diaz se dió á entender que era aquella una señal de degüello, y por si podria pasar plaza de muerto, se dejó caer en tierra con increible ligereza. Pero Vellido que le estaba mirando, se acercó, y le dijo: = Levanta, hermano Gil, que aqui no valen arcaduces: y por el siglo de tu madre que te he de poner como nuevo, en pago y trueco de las flores que me has dicho cuando me comia tu cena á la orilla del mar. Yo te enseñaré como se trata á Vellido Dolfos: ¿que no hay mas que decirme en mis barbas que he de mo-

rir en levantado sitio? Juro á tal, que he de henchir las alforjas del deslenguado de tal suerte, que no vuelva á hacer el buche y á macear las agenas opiniones por mas que le venga á mano, y aunque le venga á pie.

Levantó en seguida al escudero que temblaba como un azogado, y dirigiéndose á Abenxafa, le pidió que le concediera por esclavo á aquel mancebo que habia cautivado en el campo enemigo: gracia que no titubeó en concederle el árabe. Tras esto, tornó á Diaz, y añadió: = ya eres siervo mio; vete disponiendo para recibir la primer mano de azotes que pienso darte aqui mismo por via de ensayo.

= No se ponga su merced en

cuentas con nadie, contestó Gil, que no es de ánimos generosos el sopetear y acocear á un pobre diablo que maldito el agravio que le ha hecho. Ni nosotros hemos tenido batalla alguna, ni yo he vencido á su merced, ni hago la rueda á ninguna garrida moza suya, ni tengo barruntos de hacérsela, aunque viva mas años que Matusalen, que tantos pienso vivir en la buena paz y compañía de su merced. ¡Jesus mil veces, y que mal entendió su merced lo del morir en alto lugar! Quise decir, que las prendas y valentía del señor Vellido Dolfos merecian encumbrarle á la rueda de la fortuna, y sentarle en alto puesto como en un trono; esta fue mi intension: y puedo asegurar que huelgo

de ser su esclavo, y que en mí tendrá su merced un libro de que quieres boca.

= Esa te pido que cierres, gritó Dolfos, que á perro viejo no hay tús tús. Son por demas las maulas y embustes que tan á pelo has encajado: porque ni el diablo que tentó á Eva con saber tanto, no te habia de librar de mis manos.

Entonces dió una voz á dos árabes, y entre los tres desnudaron bonitamente á Gil Diaz, lo ataron al tronco de un arbol, y con el cinto de baqueta que sujetaba el gaban del mismo criado, le visitaron sendamente las posaderas á guisa de esbirros. El mísero escudero hacia resonar en vano sus broncos gritos: porque hasta haberle calentado bien, no cesaron los sayones de descargar

descomunales azotes. Y cansados ya de holgar á costa del pobre criado, le condujeron á Valencia á casa de Dolfos, de quien quedó hecho esclavo sin que lágrimas ni ruegos le sacasen de aquel infortunio.

CAPITULO SEXTO.

Un presente de sangre.

Las pasiones humanas, dice un poeta de oriente, forman un carro cuyas ruedas son el amor y la venganza; y el hombre conducido toda la vida por tan crueles alimañas corre de precipicio en precipicio próximo á despeñarse. Cuando Abenxafa quedó vencido por el caballero del Armiño, faltó poco para que perdiese la vida de despecho: porque aquel caracter impetuoso, soberbio y feroz cifraba su delicia en los encantos de la gloria militar que

le habia encumbrado al solio que ocupaba. La idea del vencimiento de tal suerte despedazaba su corazon, que solo podia compararse al dolor que le causaran los continuos y punzantes desdenes de la hija del Cid. Empero cuando de todo punto le faltó la calma, cuando pálido de cólera no acertó á mover la helada planta, fue, al oir de boca de una esclava los amores de Doña Elvira con su vencedor. Paróse: las venas de su frente parecieron hinchadas cual si hubiera cesado de circular la sangre que las llenaba, limpió con la mano el sudor frio que bañaba sus sienes, llamó á Vellido Dolfos, y entre los dos trazaron la negra traicion tan felizmente egecutada. Buscaron un rubí en un todo igual al que llevaba Elvira, y que por su

hermosura llamara la atencion del caballero; y la indómita pujanza del paladin cayó en los lazos que el ingenio, las hazañerías y la falacia de Dolfos le habian tendido.

Hallábase al presente Abenxafa en su alcazar sediento de venganza y revolviendo en su mente los mas crueles pensamientos con que acordaba atormentar á la donosa cristiana. Hizo venir á su presencia al favorito Hamete, y le dijo: =Ya sabes que el panteon de mis antecesores sepulta al soberbio paladin del nazareno egército que con inaudito arrojo y sobrehumanos brios osó tenderme en la liza en singular y furibunda batalla. Corre, Hamete; y tráeme en la punta de tu lanza clavada su cabeza, para que pueda presentarla en ofrenda á esa orgullosa

cristiana que altera la paz de mi alma.

Hamete, oida la orden, hizo á su amo una profunda reverencia á estilo oriental, y salió de la estancia sin desplegar los labios. Era este un anciano vigoroso, suelto y circunspecto, que á pesar de la diferencia de edades habia procurado grangearse la confianza de Abenxafa. Sin embargo del favor que gozaba, nadie viera asomar la risa á sus labios, ni la alegría á sus ojos: parecia siempre meditabundo y triste, sin hablar á persona alguna, y respondiendo por monosílabos á las preguntas que le dirigian. Melancólico pues y lleno de gravedad dirigió sus plantas al abovedado panteon dos horas despues de haber oido la sentencia de muerte pronunciada por

el tirano contra el prisionero.

Yacia el caballero del Armiño sentado en la lúgubre morada de los que no existen descansando la espalda sobre una losa á la que estaba amarrada la cadena que sujetaba su cuerpo ciñéndolo. Con la cabeza inclinada y la visera caida parecia abismado en los funestos pensamientos que asaltaban su mente sin lograr abatir el marcial espíritu que le animaba. Tal vez al creerse cercano á exhalar el último aliento vital traía á su memoria las caricias de una madre idolatrada que no podria regar con sus lágrimas la tumba de su dulce hijo: ó quizás las espinas de los celos se clavaban en su corazon en tan acerbo instante. Porque si el rubí era de Doña Elvira, lo que el caballero no dudaba, ¿por que azar

habia dado en manos del traidor soldado que le habia seducido y arrastrado á los brazos de su vil contrario? Mas estas dudas semejantes á las tempestades del verano se desvanecian con la misma presteza que se habian formado: pues antes recelara el del Armiño de sí propio que osara empañar con torcidas y siniestras sospechas el puro y brillante sol de la soberana hermosura que avasallaba su alma.

Crujen empero los cerrojos de la mezquina puerta; alza el caballero la cabeza, y hieren súbito sus ojos los reflejos de una hacha alumbrando aquel pavoroso sitio. Hamete penetra á ella con sosegados y medidos pasos, párase frente del prisionero, fija la vista en él, y despues de un momento de dudoso si-

lencio que aumenta el terror de aquella escena, esclama:

= Es la desgracia como el invierno, triste y desapacible; pero á sus aguas se deben las mieses del verano y los frutos del otoño. Alá te guarde, nazareno: el grande Abenxafa me envia por tu cabeza, y sus mandatos son como el rayo prontos y terribles.

= ¡Bárbaro! respondió el del Armiño. ¿Asi atropella los derechos de la humanidad, y huella las leyes del honor?

= ¡Vagos sonidos! le atajó Hamete con mas prontitud de la que podia esperarse de su reposado continente. El capricho es la ley del que manda, las pasiones sus consejeros, y el gusto su honor. Zumban en sus oidos los gritos de la razon, y él los

escucha con la misma indiferencia que el rugido de la cascada ó el murmullo de la selva: hieren sus ojos las desgracias de sus súbditos, y entonces los alza al cielo á admirar un meteoro que los lisonjeros le muestran para que no se detenga en el infortunio ageno. ¡Pero ay del tirano! pasan sus dias tempestuosos como los vandavales de enero destruyendo los árboles y azotándose á sí mismos con el polvo que levantan: cree el míscro que va á apurar la copa de los placeres, y no hace mas que acercarla á sus labios, cuando prueba todo el acibar de su engañoso licor. Brilla por último su hora, y semejante en su ocaso al trueno aterrador retumba, se deshace, y desaparece.

= Ministro de Abenxafa, gritó

con resolucion el caballero, ejecuta sus sangrientas órdenes, y no insultes los últimos momentos de un desgraciado con verdades que en tu boca respiran el acibar de la ironía. Aqui tienes mi cuello, hombre vil.

= Escrito está, repuso Hamete con mas sosiego y pausada voz; no hieras al perro que te ladra, sino halágale por el contrario, y dale un pedazo de pan. ¿Quien penetra, nazareno, los arcanos de Alá, ó lee los pliegues del humano corazon? Esa audacia que muestras, ese desprecio de la muerte que sale de tu boca interesan el alma de Hamete. ¿Puedo serte util? ¿No conoces que quien habla como yo, no es por lo comun un perverso?

= No sé por qué, contestó el paladin en tono mas suave, no sé

por qué vuestras palabras me conmueven: me siento agitado, y aunque me deslumbre, no temo aseguraros que os reputo digno de confiar á vuestro honor mis últimos encargos. ¿Que prueba podeis darme de que no me equivoco, y de que respetareis mis secretos?

= Mira mis ojos, respondió el viejo Hamete sentándose al lado del del Armiño, y advierte en ellos la llama del honor. Pero no basta esa prueba, aqui está mi diestra, yo te ofrezco fidelidad en nombre de la caballería cuya orden profeso. = ¿Te admiras? ¿No puede tambien un sarraceno haber merecido por sus hazañas este honor?

= Me doy por satisfecho, añadió el caballero, y no puedo menos de pensar que sois algun misterioso ser

distinto de lo que pareceis. Tomad pues esta media sortija, y entregadla en el campamento cristiano al valiente Rodrigo de Vivar y á Don Diego Ordoñez de Lara: decidles que reciban el ofrecido don del caballero del Armiño: que manden pregonar mi muerte, y que cuando la fama publique mi verdadero nombre hagan por consolar á mi desgraciada madre. Vos no sabeis la ternura con que me ama, y el despecho que se apoderará de su alma cuando llegue á sus oidos el vil sitio donde ha espirado su hijo. ¡Oh dulce madre mia! el cielo conoce el tormento que acibara mis postreros instantes, no por temor de una muerte que es el término de las humanas desgracias y que tantas veces he

menospreciado, sino por el sentimiento de no volver á estrecharos contra mi seno, de no sentir ya palpitar vuestro corazon. Y tú, hermosa mitad del alma mia, soberano dueño de ella, recibe el agradecimiento de este tu caballero que pronunciará tu nombre por última vez.

Volvióse luego á Hamete, y le rogó que cumpliera la orden de Abenxafa, y no dilatara los padecimientos prolongando su agonía. Mas el anciano estaba trémulo y pálido: asomaban las lágrimas á sus megillas, y no osaba mover los labios. Alzó en esto los ojos y las manos, y con un acento desesperado y patético, dijo: = ¡Tales serian tambien tus preces al morir, amado hijo de mis entrañas! Pero eran de marmol

los sayones que te escuchaban, y tornaron á embotar en tu pecho sus agudas lanzas.

Abrazó entonces todo conmovido al incógnito, tomóle la mano, y limpiando las lágrimas que abundantemente corrian por su rostro, le dijo: = Ya no debo, arrojado mancebo, tenerte suspenso mas tiempo ni emplear contigo el lenguage oriental. Ni soy Hamete, ni estos vestidos que me cubren corresponden á mi clase, ni á mi culto. El anciano que tienes presente adora la santa cruz, y vistió un dia como tú en las erizadas cumbres de los asturianos montes el reluciente peto, el casco de bronce, y las espuelas de plata. Ardia en mis venas el entusiasmo de la noble caballería del mismo modo que inflàma ahora las tuyas: el re-

lincho del caballo y el son del guerrero clarin eran mas dulces á mis oidos que el canto matutino del ruiseñor, y que la armonía del universo. Pero viene la edad de la nieve, y la sangre se hiela, y el brazo pierde los quilates de su valor: entonces feliz el padre que puede entregar la espada de los combates á su hijo, y decirle: consérvala en su prístino brillo; conserva su honor tan puro y terso que pueda al espirar mirarme en él. Esta dicha gòcé yo: y ansioso de encontrar en las ciencias las delicias que habia disfrutado en el campo de los laureles, me vestí el trage musulman, y comencé á recorrer las playas orientales aprendiendo de los sabios árabes que las habitan la física, la agricultura y la medicina. Queria re-

servarme el placer de hacer felices á mis compatriotas de Asturias, comunicándoles los conocimientos que habia adquirido en estas costas bajo el nombre de El-Hakim Hamete. Respiraba á la sazon el aire puro de esta hermosa ciudad, cuando hirió mis oidos la funesta nueva de que mi hijo habia perecido á los golpes del acero de Abenxafa, defendiendo á mi ilustre prima Ximena. Corrí al lugar de la refriega, y ya los vecinos aldeanos habian sepultado los cadáveres de los que gloriosamente perecieron en la pelea. Todavía encontré removida la tierra que ocultaba á mi hijo: mis lágrimas la amalgamaron, y planté un nogal para que el viagero descanse á su sombra. ¿Pero que logran los humanos lamentos? Consideré que

en el orden actual de los sucesos mi presencia podia ser util en esta ciudad á mi prima, y que podia contribuir por mil caminos á acelerar la ruina del asesino de mi hijo. Y aqui teneis al padre de Martin Pelaez, al infeliz Pelayo, convertido en El-Hakim Hamete, hecho ministro del verdugo de su sangre, y cargado con el odioso nombre de favorito de un tirano.

= Por la santa cruz, esclamó el caballero del Armiño, que apenas puedo dar crédito á lo que veo. ¿Vos sois Pelayo? ¿Vos sois el digno padre de Martin, del valiente guerrero que eclipsaba las mejores lanzas del egército del Campeador? ¡Ah! ¡que no pueda yo abrazaros!

= Pronto podrás, hijo mio, contestó el noble Pelayo. Cuando he re-

cibido la orden de cercenar la garganta de un paladin cristiano, cuyos famosos hechos de armas le habian adquirido renombre, me he dirigido á la morada de un moribundo esclavo mio, y apenas ha exhalado el último suspiro, he cortado á cercen su cabeza para sustituirla á la tuya. Desnúdate el casco para colocarlo en ella y presentarla al tirano antes de que mi tardanza despierte sospechas en su fiero pecho. Volveré despues, y con el vestido de mi esclavo podrás vivir en compañía mia hasta que el cielo haga brillar el dichoso dia de nuestra ventura, librando á Valencia del cruel Abenxafa.

= Señor, gritó el caballero fuera de sí con el entusiasmo de la grati-

tud; ¿con que podré recompensaros tanta generosidad?

= No soy yo quien te libra, le interrumpió Pelayo con gravedad, sino Dios que me inspiró el deseo de permanecer en Edeta. Estaba escrito en las celestes bóvedas tu destino: ¿que importa que sea esta ó aquella la mano que riegue el arbol, si está resuelto que ha de florecer y colmarse de frutos? ¡Dichosa madre! tú no llorarás ya recostada sobre la tumba de tu hijo, porque la diestra de Jehova ha suspendido el rayo que le habia de pulverizar: ¡pero ay del anciano, que verá crecer el nogal con el polvo del suyo!

= ¿Quien podrá, generoso Pelayo, dijo el del Armiño, daros consuelo? Yo me lanzaria con firme co-

razon y resuelto ánimo á las filas enemigas si pudiese con mi muerte comprar la vida de vuestro Pelaez.

=¿Quien puede consolarme? murmuró el anciano. La virtud: ella difunde por mi alma un placer cien veces mas delicioso, que amargo es el dolor de los infortunios: ella es como el sol que alegra la árida selva despojada de su hermosa cabellera.

Púsose en pie Pelayo, miró con ternura al paladin que se habia desnudado el casco para encajarle en la cabeza del esclavo ocultando el rostro con la visera, y preguntó al incógnito: =¿Ha visto Abenxafa alguna vez tus facciones?

=Nunca, contestó el del Armiño. Cuando me batí con él llevaba caida la visera, y cuando me pren-

dieron tampoco la alzé: he conservado en todas partes el incógnito, porque interesaba á mi honor que fuesen mis hazañas las que me diesen á conocer, y no mi nombre.

= Valiente eres, añadió Pelayo, y no puedes ocultar tu elevada cuna. Queda en paz mientras cumplo el terrible ministerio: volveré luego á romper tus cadenas, y haré cuenta que recobro en ti á mi perdido hijo.

El anciano salió del panteon con la misma gravedad con que habia entrado; crugieron segunda vez los cerrojos de la puerta, y el denodado joven ocupado de mas alegres pensamientos reclinó la cabeza sobre la inmedita losa, para aguardar á su libertador con mas reposo: la òscuridad se apoderó de la lúgubre es-

tancia, á medida que se alejaba Pelayo con el hacha en la mano; y cesaron de resonar á lo lejos sus pisadas.

Hamete, ó por mejor decir, Pelayo, imprimió sus huellas en el aposento de Abenxafa que le aguardaba con impaciencia recelando de su tardanza algun azaroso suceso: y dejando sobre una robusta mesa de nogal la ensangrentada cabeza, dijo: = Cuando retumba el trueno se desprende la centella de la nube, y abrasa al impío que no se postra ante el grande Alá; cuando suena la voz del ilustre Abenxafa, cae la cuchilla de su fiel servidor, y rueda por tierra la cabeza de su enemigo: ya estais obedecido.

El corazon del tirano se estremeció al escuchar la última frase,

porque los delitos son como las venenosas plantas que se ofrecen á la vista verdes y lozanas en el monte, pero que probadas producen rabiosos dolores y prolongadas agonías. Pasó los ojos de corrida por el rostro de El-Hakim, y hallándolo sereno y tranquilo, casi se avergonzó del estremecimiento que le causaran sus acentos; y dándole gracias por su exacta obediencia, le mandó retirar. Miróle Hamete al despedirse, y advirtió en el color blanco de sus labios, en la palidez de las facciones, y en lo erizado de sus cabellos la infernal lucha de los remordimientos que despedazaban su alma. ¡Ved ahí, pronunció en voz baja, las venturas de un tirano! Labra con el ageno su propio infortunio: y cada minuto de paz que roba á sus súb-

ditos, cada gota de felicidad de que los priva, se convierte y trueca en una sierpe que roe su pecho.

Abenxafa tomó en su mano la cabeza que reputaba ser del caballero del Armiño: intentó alzar la visera y recrearse con el espectáculo de una tez deslustrada por la muerte y de unos borrados rasgos que tendrian su mérito en concepto del musulman cuando habian conseguido imprimirse en la imaginacion de la bella Elvira. Tornó á poner sobre la mesa el sangriento trofeo, acercó una luz, y cuando iba á levantar su diestra para satisfacer su bárbaro deseo, la halló inmovil: habíale faltado de todo punto el valor, y tuvo necesidad de sentarse en un escaño para cobrar aliento. Dilatábase el anchuroso aposento á larga dis-

las ramas del cortado arbol no reverdecen despues que el hacha lo ha derribado: pero hay acciones que llevan consigo un tósigo tan funesto que trastorna la mente del hombre.

=Dices bien, Hamete; el violento choque de las pasiones que me agitan ha fascinado mi imaginacion: sin duda al acercarme ha caido el casco con algun imprevisto movimiento mio: y era tanta mi agitacion, que el mas despreciable acaso bastaba á aterrarme. Pero, no; no ha sido nada: sin embargo mientras me recobro, cuéntame si ha muerto con valor ese soberbio caballero.

=¿Para que, señor? esclamó el anciano. ¿Para que quereis ahondar una llaga que os martiriza? El humo del abismo no es mas funesto que los punzantes remordimientos que asal-

tan el pecho del Rey que da oidos á sus pasiones. La envidia y los celos levantaron en vuestra mente, generoso Monarca, una tempestad de cuyos rayos ha sido blanco el desgraciado caballero: pero las nubes pasan, y el sol de la verdad ilumina tambien los tronos. ¡Infeliz de aquel que desde la cumbre del poder solo divisa á sus pies muertes y ruinas!

=Hamete, gritó enfurecido Abenxafa, sal de mi aposento, y no vuelvas á mi presencia sin que yo te llame.

Obedeció El-Hakin despues de haber hecho una respetuosa cortesía: y el agitado árabe, en cuyo semblante se leía el tormento que le devoraba, añadió. =Pero no, anciano Hamete, no te vayas. Háblame del sitio que se atreven á ponerme los perros

nazarenos, y si quieres conservarte en mi gracia no me reprendas segunda vez la muerte de mi indigno enemigo.

=Señor, le atajó Pelayo, el número de los cristianos es muy corto comparado con nuestro ejército; y no dudo que á la primer salida que verifiquen nuestros valerosos soldados huirán cobardemente los adoradores de la Cruz.

=Y el Cid, ese campeon sin par, cuyo nombre es aclamado en Europa y en Africa, huirá tambien?

=Pienso que sí; porque el filo de la espada de Alá penetra igualmente el pecho del siervo y el del señor.

=¿Y su hija, la ingrata y cruel Elvira? Hamete, llama á un esclavo, y retírate.

Habíanse encendido los ojos de Abenxafa al pronunciar las últimas palabras, y sus pálidas facciones animadas de repente hacian adivinar la revolucion que el recuerdo de Elvira obrára entonces en su espíritu. Mandó al esclavo ocultar bajo su túnica la cabeza á la que Hamete habia vuelto á encajar el casco, y con inciertos pasos y labios balbucientes se dirigió á la parte del palacio que ocupaba la familia del Cid.

Hamete aprovechando ocasion tan favorable descendió al panteon en busca del caballero del Armiño: y rompiendo las cadenas que lo oprimian, le vistió el trage mahometano para que pasase plaza de esclavo suyo. Palpitaba de agradecimiento el corazon generoso del incógnito con las mercedes que recibia de Pe-

hijo, á quien prodigaba los mas cariñosos nombres. El anciano por su parte le estrechaba contra su pecho, diciéndole que habia recobrado en su persona al muerto Pelaez: y que desde aquel dia le seria mas suave el aire que respiraba y mas dulce su morada en los eliseos campos de edeta. Tales eran las sabrosas delicias que la virtud escanciaba á manos llenas á estos nobles cristianos, mientras el carcomedor desasosiego atormentaba el alma de Abenxafa penetrando á la estancia de sus prisioneras.

Las heroicas hazañas de su padre y esposo, entretenian en agradable plática á Doña Ximena y á su hija Elvira, recordando aquellos tiempos de bienandanza en que las damas de Burgos miraban con envidia á la fe-

liz hermosura que habia conseguido la mano del primer Paladin de Europa. Referíale la matrona á Elvira los famosos torneos en que sacara á plaza su agilidad y destreza el impavido Campeador en los floridos años de su mocedad, rompiendo lanzas con los caballeros de mas nombradía, y mereciendo con su heroismo que las primeras bellezas de la Corte mendigasen sus miradas, contándose tal vez entre ellas apuestas Infantas que por su gallardía y donosura debieran triunfar de reales corazones. Mas á tan plácidos recuerdos, y á la suave conmocion que naturalmente esperimentamos con ellos, siguió una escena bien diferente, como á las serenas y rosadas auroras del otoño sucede la tormenta mas deshecha. Turbó su reposo Abenxafa

temblando de cólera, y sentándose en un escaño junto á las señoras con fiero continente: asomaba á sus labios la blanca espuma del frenesí, y los músculos amoratados, los apretados dientes y la frente estirada por la hinchazon retrataban demasiadamente su despecho. Miró á Elvira, y la angelical dulzura de aquel apacible y risueño rostro, suavizó un tanto su desesperacion, á la manera que los rayos del sol vuelven el calor á las ramas de los árboles abrumadas de helado rocío. = Elvira, dijo, vengo á presentarte una ofrenda que tendrás en mucho precio: mientras hablaba asi pasó la mano por su tez para ocultar la turbacion que le poseía: y añadió: = Alá ha puesto en mi poder á un soberbio castellano de vuestro egército que

tuvo la osadía de alzar los ojos al dulce señuelo donde yo los habia fijado: y sabiendo que holgabas tú de contemplar á un paladin de tanto nombre afinojado ante tu soberana beldad, te ofrezco su cabeza para que goces la delicia de mirarle, y leas en la suya la suerte de los que osan contravenir á los deseos de Abenxafa. ¿Hola, esclavo?

Pálidas como el último rayo de la luna las cristianas, echáronle una mirada de desprecio al verle colocar á sus pies la sangrienta cabeza: temblaba Ximena de que fuese la de su caro esposo no habiendo podido entender las palabras de Abenxafa: y Elvira por su parte sin dudar de la verdad adivinaba el fatal misterio. El bruñido casco del caballero del Armiño y el color de sus plumas

sacáronlas bien pronto de dudas, y retirando los ojos de tan atroz presente los fijaron en los tapices que ornaban la estancia permaneciendo mudas y frias como dos estatuas de un jardin. Y por mas espinas que aquel golpe mortal clavara en el corazon de la doncella, no daba en el rostro señal alguna de angustia, porque corria por sus venas la orgullosa sangre del Cid, y ninguno de cuantos pertenecian á esta familia habia jamas convenido en que duele el dolor. De suerte que al verla aparentemente tan tranquila Abenxafa que esperaba de la Castellana los arrebatos y desenfrenadas maneras de una dama oriental, tuvo para sí que eran falsos los amores de los dos cristianos; y en mas sosegado tono siguió diciendo.=Las rocas que coro-

nan el Atlas burlándose de los siglos que pasan no son mas firmes que tú, hermosa cristiana: ¡si llegaras á conocer cuanto te ama este árabe! ¿Nunca le mirarás de buen grado? Responde: tus palabras dilatan las alas de mi corazon, como las perlas que vierte el alba entreabren una flor con cada una de ellas.

=Si quereis que os hable, respondió la hija del Cid con desden sin separar la vista de los tapices, mandad quitar de mi presencia ese bárbaro despojo: pues aunque no repugne al vital brio que me anima el mas sangriento espectáculo, mi natural ternura y el saber que es de un cristiano ese trofeo, me inspiran horror, compasion no.

Abenxafa mandó al esclavo llevarse la cabeza y entregarla á Hamete

con orden de que la espusiese al público en el siguiente dia concediéndole sepultura despues: tras esto acercó mas su escaño á las matronas castellanas, y esclamó: =¡Por que no hemos de poner fin á la guerra que va á devastar los eliseos campos de esta ciudad, y á las rencillas que nos malquistan! Vos, amable Ximena, tornariais á los brazos de vuestro esposo cargada de los presentes de mi liberalidad, y Elvira sentada sobre mi trono podria hacer cuantas mercedes le pluguiese á sus padres! ¿Por que no ha de rayar ese dia?

=¡Miserable! contestó Ximena arrojándole una mirada de desprecio que lo dejó yerto. Los tronos que tú pudieras ofrecernos son nada en comparacion del esplendor de nues-

tro nombre y de las cívicas virtudes que sirven de timbres á nuestra família. Un cetro se gana en una batalla; pero la gloria y la inmortalidad son dones de mas quilates; son la recompensa del heroismo, el resultado de muchos años de valor, de ingenio y de virtud: ¿Con que méritos te atreves á encumbrar tus pensamientos á la altura que ocupa Rodrigo de Vibar? Todos consisten en un solio, fruto de cien crímenes y tinto con la sangre de Hiaya: los condes de Castilla ni aun por escuderos admiten á reyes moros.

=Orgullosa esclava, gritó Abenxafa levantándose de su asiento, ¿has olvidado que estás en mi poder? Yo haré marcar tu frente con el clavo de la servidumbre y poner cadenas á tus manos: yo destinaré á las so-

berbias hijas de los condes de Castilla á tener á recaudo mis caballos: yo... vive Alá, que son inútiles la dulcedumbre y la suavidad con vosotras: la fuerza logrará lo que no han podido el amor y la generosidad: y envilecidas y deshonradas os pondré en público mercado, mandaré á mis esclavos que sacien en vosotras su brutal apetito, y que os entreguen luego á los cristianos con una soga al cuello.

El furioso y despechado tono con que pronunció el africano estas amenazas, no causaron impresion alguna en el pecho de aquellas heroinas resueltas á morir mil veces antes que deslustrar la brillante gloria del Cid. Elvira cuyo feliz ingenio era superior á todo encarecimiento no creyó oportuno exasperar aun mas á su

tirano, y llena de magestad y de decoro le dirigió la voz en estos términos: = Estraño que los naturales sentimientos de unas ilustres cristianas, cualquiera que sea su suerte, despierten en vos los ímpetus de la cólera. Nunca los ojos del oprimido miran con placer al opresor por mas que la necesidad arranque una sonrisa á sus labios: en habernos tratado con el miramiento debido á nuestra cuna no habeis hecho mas que honraros á vos mismo, porque no fuera muy decoroso á un monarca el que publicara la fama que trataba á los vencidos con saña, cuando la suerte de la guerra puede tambien entregar á este mismo monarca á las armas de sus enemigos. Creedme, Abenxafa: la hija del Cid preferirá siempre la muerte á recibir esposo

que no sea por mano de su noble padre: poned pues los pensamientos en mas facil hermosura, y dejad que las armas decidan que ha de ser de estas desgraciadas.

La aparente calma y resuelto tono de Elvira, subieron de punto el furor del musulman: y loco y frenético salió de la estancia con ánimo de emplear el rigor y la crueldad para mortificar la soberbia de las arrogantes prisioneras.

CAPITULO SEPTIMO.

Las palabras dulces.

Apenas la perezosa luz del dia doró la ancha y espaciosa faz del cielo, y las arpadas lenguas de los ruiseñores tornaron á renovar la suave y meliflua armonía de su canto, cuando la desgraciada Elvira abandonando las ociosas plumas, principió á pasearse por el salon triste y pensativa. Habia esquivado posar en sus párpados el sueño: y la melancolía deslustrando las rosas de sus megillas y disminuyendo el hermosísimo brillo de sus ojos, susti-

tuía á la frescura y lozanía de una Gracia el color de plata y el blanco esplendor de la luna. La imagen de su amante que creía muerto no se apartaba de su imaginacion, recordando el valor y las generosas prendas que distinguian á aquel paladin, que ó bien sacase á plaza su agilidad y ligereza en los torneos, ó bien hiciese campear su marcial arrojo y militar continente en la refriega, siempre se llevaba la palma fijando los ojos de las damas en las ricas y variadas plumas que ondeaban sobre el alto creston de su celada.

Habíale referido una esclava punto por punto las circunstancias de la horrorosa traicion de que habia sido víctima el caballero del Armiño; y á fuer de agradecida y sensible da-

ma hubiera regado con lágrimas la tumba del denodado joven, si no tuviera á raya tan muelles sentimientos el indómito orgullo que avasallaba su alma. Porque en aquellos siglos de heroismo y de caballeresca idolatría por la belleza se consideraban á tanta altura las damas de elevado nacimiento y donoso rostro, que cual si fueran deidades dábanse á entender que los hombres debian sacrificarlo todo á sus plantas, mientras ellas se creían degradadas con la recompensa de una sola mirada; pues bastaba por premio la aceptacion de tan respetuosos homenages. De aqui la virtud mágica de un solo acento, que salido de los labios de una de aquellas diosas convertia en leones á los corderos, imponia eterno silencio, lanzaba á los peligros y

á la gloria á un joven, ó le condenaba á temerarias y dudosas pruebas para experimentar los quilates de su valor y de su cariño.

Elvira sin embargo habia debido á la naturaleza una ternura y una imaginacion demasiado vivas para que la pérdida de su amante tan digno por todos lados de retorno en su amor pudiese con el tiempo borrarse de su pecho. Y no solo fatigaba su mente esta idea harto dolorosa, sino que su actual y crítica situacion, y mas que todo el recelo de las nuevas desventuras que iban á precipitarse sobre su cara madre subian de punto su afliccion. Sobrado tiempo tendria para sentir la muerte del caballero del Armiño: pero urgian los momentos para libertar á la noble Ximena del oprobio con

que la amenazó Abenxafa, y que quizás realizaria mientras recorriese el espacio el naciente sol que se mostraba en el olimpo. Valiente Elvira para llevar con paciencia los pesares propios, no podia tolerar á sabiendas los agenos: sus penas le parecian ligeras espinas que se clavan al cortar una rosa; y las de su madre envenenadas flechas que abren profundas heridas y hacen perder la vida entre rabiosos dolores. ¿Y como precaveria los males que las amenazaban? ¿Como pondria en cobro su honor y el de Ximena? Por demas seria que los entusiastas soldados del egército de su padre se apresurasen á volar en su socorro, si cada movimiento del egército cristiano habia de ser un nuevo despertador de las pasiones de Abenxafa,

que cuanto mas cerca estuviese de perder el obgeto de sus amores, mas prisa se daria en satisfacer su bárbaro antojo. Mas ¡oh feliz ingenio de la muger! Agudo y penetrante como el aguijon de la abispa, pronto y momentáneo como la chispa del pedernal agota el talento del hermoso sexo cuantos recursos le ofrecen algunas de las ventajas con que lo ha dotado la naturaleza. La hija del Cid acordó emplear con el agareno la dulzura y la inocente ficcion para entretener sus deseos en tanto que llegase el momento de su libertad, ahorrando asi á sus padres los sinsabores y desmanes que la hubieran sobrevenido. Mas antes de poner en práctica tan osada resolucion, quiso dar parte de ella á su madre la bien aconsejada doncella,

y tenerla en atalaya para el efecto que pudiera surtir. Serenando pues el rostro del mejor modo que supo para no alterar en vez de tranquilizar á la que tanto amaba, corrió al lecho de Ximena, y sentándose junto á ella, le dijo: = Debe causaros admiracion sin duda lo que voy á deciros: y quizás os parecerán indignos de la elevacion de ideas que en todos casos ha de manifestar la hija del Cid los pensamientos que pondré en voz. Por una parte conozco que debe abrazarse con ánimo resuelto la muerte antes que descender una grada del solio de la gloria donde nos ha colocado el heroismo de mi padre: y por otra me doy á entender que cuando esta muerte ha de ser precedida y seguida del deshonor, es una cobardía inutil el ar-

rojarse á ella, y no poner en obra los muchos recursos que el natural ingenio y la imaginacion nos ofrecen. Abenxafa ha jurado sacrificarnos á sus impuros antojos movido por el entero decoro con que respondimos á sus ridículos ofrecimientos: si hubiera de cabernos la suerte del caballero del Armiño, podriamos tenernos por felices, y aun dar gracias al cielo porque nos sacaba del ingrato laberinto de la vida: pero cuando nos amenaza con marcar nuestras frentes con el clavo de la servidumbre y con deslustrar nuestro honor, no hay diligencia que en rigor deba omitirse para salir á salvo del peligro. Los hombres cuando aman tan ciegamente como parece amar el árabe, tienen los ojos vendados y caen en mil lazos que la su-

tileza de nuestro sexo y á veces la necesidad en que nos ponen les arman con cautela é industria. Si yo doy esperanzas á Abenzaía, si halagan sus oidos palabras dulces, le vereis tranquilo y apacible tratarnos con delicadeza, y asi dilataremos nuestra vida entreteniéndole con ingeniosos modos hasta que la espada de mi buen padre corte el nudo de esta tirana esclavitud.

Absorta escuchó á su hija la matrona castellana, y mirándola con inquietud y zozobra, le respondió: = No pensaba que por las venas por donde circula la sangre de los Lain Calvo y Orgaz pudiesen correr tán viles intenciones. La ficcion es propia de los verdaderos esclavos que por la bajeza y humildad de su clase se ven precisados á disimular y

mentir: ¿pero quien ha visto al sol recoger sus rayos por temor de que pierdan en los mas zafios barrancos la pureza de su esplendor? ¿Quien es poderoso á deshonrar al que no se deshonra á sí mismo? Tan tersa resplandecerá nuestra opinion despues de haber sufrido los insultos y tropelías de Abenxafa, como el dia en que caimos en su poder: y aun será mas honroso espirar entre tormentos y vilezas por no fruncir las cejas ante el tirano, que dar lugar á que algunos pongan lengua en nosotras, y digan que hemos humillado la frente delante del soberbio musulman.

=Pero, madre mia, replicó respetuosamente Elvira, ni el mundo, ni los vanos elogios de los hombres, podrán restituirme la inocencia que

entonces perderé, ni borrar de vuestras manos la huella que el hierro de las cadenas habrá impreso en ellas. Y si pensamos en los resultados, ¿que bienes habremos conseguido con sostener el tono que nos corresponde? ¿A quien será util nuestro deshonor? Considerad el dolor y la desesperacion de un esposo y de un padre que encuentra los cadáveres de sus queridas prendas marcados con la ignominia y llenos de heridas... ¡Oh! por Rodrigo, por vuestro amado esposo, resolveos á emplear la suavidad.

=¿Y que suavidad quieres tú que emplee, hija mia? añadió Ximena algo enternecida. No está en mi mano librar á mi Rodrigo de estas desventuras que necesariamente han de serle mas dolorosas que cuantos tra-

bajos ha padecido hasta el presente: si en mí consistiera no habria ruego ni camino que no tentase.

=Pues bien, amada madre, gritó Elvira: venid á bien en que sea yo el instrumento de vuestra felicidad y de la de mi padre, ahuyentando la tormenta que nos amaga. Por poco talento con que me supongais, no debeis creerme tan menguada de juicio que no sepa precaver los males que pueden originarse de mi determinacion, y caminar con recelo por la senda que yo misma me abro: si logro con esperanzas el que deposite en mí Abenxafa su confianza y se gobierne por mis consejos, me será facil traer á la mano que quiera su voluntad: entonces podré poner en práctica los pensamientos que agitan mi ima-

ginacion, y recobrar quizás la libertad de entrambas.

=Tiemblo, Elvira, la atajó la esposa del Cid., tiemblo de que te arrojes á tales riesgos que pueden sernos funestos. Sin embargo no me atrevo á oponerme mas á lo que has pensado para no tener que echarme en cara tus propios infortunios y los de Rodrigo. Pero ten siempre delante de los ojos el esplendor de tu cuna: y piensa todas las veces que vale mas morir de cualquiera suerte que sea, que faltar en lo que debemos á la gloria de tu padre. Elvira mia, considera que ese monstruo es enemigo de nuestra santa religion, y que en los combates se tiñó su espada con sangre cristiana; considera que él puso fin á la existencia de los valientes guerreros que

nos acompañaban, y redujo al pobre fray Lázaro á la esclavitud.

= No, madre amada, no necesito que me traigais á la memoria unos sucesos que no se borrarán de ella: las sombras del abismo no son mas horrorosas para mí que la imagen del bárbaro verdugo del caballero del Armiño. Sí, lo juro, valiente paladin; aceleraré la ruina de tu cobarde enemigo, y regará tu tumba su impura sangre. ¡Oh! vos estrañareis sin duda que vuestra hija hable así, porque ignorais que mi nombre sirvió de santo para arrastrar vilmente al desgraciado joven desde el campamento de nuestro egército á esta ciudad. Un rubí igual ó semejante al que por desgracia suele adornar mi frente le hizo creer que yo le llamaba, y el in-

feliz corrió á su precipicio. Habia vencido en singular batalla al soberbio árabe, y no pudiendo tolerar la afrenta del vencimiento quiso inmolar á su despecho al mas leal, al mas valiente y al mas cortés de los caballeros que enristraban lanza bajo el pendon de mi ilustre padre.

= Ahora conozco, dijo Ximena con alegría, que respiras odio mortal á ese cruel agareno: soy contenta de que egecutes tus ideas, porque no dudo que el entusiasmo que te anima contra él y tu felicísimo ingenio te librarán de los peligros de tan dificil empresa.

Las ilustres castellanas se abrazaron con cordial ternura; y el cariño hizo asomar á sus ojos unas lágrimas que las amenazas, el dolor y la desesperacion no habian podido ar-

rancar. Dominaba en el caracter de Ximena el ciego amor que profesara á su esposo, amor que rayaba en adoracion por reputarle un semi-Dios muy superior á los otros hombres: y de ahí es, que en todas sus acciones se gobernaba por esta especie de fanatismo que tan solo le dejaba ver los obgetos bajo el aspecto favorable á Rodrigo de Vivar. Su hija dotada de mas viveza y travesura sabia ennoblecer la mas despreciable bagatela, y sin perder la elevacion de sus sentimientos transigir con la necesidad. Dulcificado asi el orgullo de familia con su natural apacible, reunia á la vez la amabilidad de las modernas damas con la soberanía de las antiguas castellanas.

Cuando trasmontaba el sol bordando de oro las coloradas nubes,

solicitó Elvira por medio de una esclava permiso de Abenxafa para solazarse y pasear las plácidas riberas del Turia. Pasaba el rio por la plaza de la ciudad lamiendo el palacio de los reyes moros, y regando sus jardines, al paso que proveía de agua las cascadas y demas riachuelos que blanda y sosegadamente deslizaban por los floridos vergeles. Habíase la hermosa doncella ataviado con mas cuidado del que ordinariamente empleaba maridando con sus naturales gracias los adornos del arte que realzaban su belleza, y la convertian en la mas linda ninfa de las que tersaban y pulian sus rostros en los cristales del trasparente Turia. Despues de haber recorrido parte de la vega, se sentó bajo un pomposo limonero que daba sombra á un es-

caño de piedra cubierto por los lados de verde murta. Llamaron su atencion los infelices esclavos que llenaban en el rio los cántaros acarreando agua para sus amos; entre quienes se descubrian algunos míseros cristianos tristes y macilentos que alzaban de tiempo en tiempo los ojos al cielo suspirando por la dulce libertad que habian perdido, y por su amada patria, donde dejaran á sus ancianos padres y á sus tiernas esposas. Reconoció entre la multitud al fiel escudero Gil Diaz y á fray Lázaro que estaban sentados en la grama. El locuaz criado no cesaba de dirigir la palabra al afligido religioso, que mirando hácia el oriente parecia elevar preces al olimpo por el egército cristiano para paladearse con el hermosísimo espectá-

culo de ver algun dia ondeada al aire sobre el edetano muro la gloriosa bandera de la cruz. Elvira no quiso hablarles por no despertar sospechas en los musulmanes que celaban cautelosamente sus pasos; y asi se contentó con trasladarse á otro escaño mas inmediato, de donde pudiera escuchar su plática, y oyó que Gil decia: = A fe de bueno que es su paternidad el mas reposado hombre que hay en el mundo. ¿Pues que no hay mas que echarlo todo en hombros del pobre Gil, y contentarse su reverencia con mirar como lleno los cántaros, y tras esto cargarlos sobre mi espalda como si fueran torreznos? Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que venga, si no tomo el mismo buen paso y remanso, y

mas que el diablo del condenado de mi amo me hunda á palos, que lo mismo será calentarme con ellos que con el peso de los cántaros. Pero despavile su paternidad esos ojos, y mire bajo de aquel arbol sentada á una hermosísima cristiana que al parecer es princesa, ó miente el olor sabeo que de sí despide y llega hasta aqui.

= ¡Válgame la Virgen! respondió el padre sin volver la vista, hermano, y cuánto habla, y cuantos disparates encaja sin ton ni son, por solo mover la lengua. ¡Mejor le estuviera rezar entre tanto á las ánimas benditas, ó rogar al cielo que nos saque del miserable estado en que yacemos!

= Reze su reverencia, replicó Gil, y deje en paz á los otros que

rian y lloren á la vez, ya que lo quiere asi su menguada estrella. Y volviendo á la dama que, voto á mí, que nos examina con mucho cuidado, digo y diré mil veces que es la mas garrida y bellísima muger que he visto en los dias de mi vida. Par diez, que á mi entender su trage es de tuan, y la marlota de plata: no sino, miradle los rubíes y piedras que adornan su frente tamañitas como garbanzos, que debe de costar la menor un ojo de la cara. Pues tomadle la cruz que le cuelga al pecho, que si no me engaño pesará tanto como la cabeza de su paternidad con los hombros, y el cuerpo y todo de añadidura. Juro por las órdenes de su reverencia, que ni en el talle, ni en el brio, ni en el rostro tiene pero ninguno que po-

nerle, sino que todo es gracia y donaire y hermosura en ella.

= Término lleva, hermano, de no callar en un siglo, y de sacar á luz hasta los pensamientos de esa señora, repuso fray Lázaro fijando por fin los ojos en ella. Pero ¡Dios mio, si es Elvira!

= ¿Mi ama? gritó el escudero alborozado. ¿Y como haria yo para besarle la mano y pedirle albricias por tan feliz hallazgo? Par diez, que me anda brincando el corazon en el pecho de puro gozo, y daria yo porque mi señora supiese las penas que pasamos con el condenado de Dolfos á mi muger cuando la tenga y á mis hijos.

= Pues, hermano, yo me llego á pedirla que intercede por mí, que ya que haya de romper las cadenas

de uno ó de otro, mas justo será romper las mias que soy un pobre religioso, que las de un mozo tan rollizo y fresco como el señor Gil.

= Eso sí, caiga todo sobre mi pobre sayo, y salga libre y sano su paternidad, porque aqui no somos de carne y huesos.

Levantáronse los dos esclavos, y arrimando á un lado los cántaros, se dirigieron adonde Elvira estaba con mucha ligereza. = Guarde Dios á su merced, esclamó fray Lázaro llegándose con muestras de cariño.

= Y á su reverencia tambien, respondió la hija del Cid con alegría: dadme á besar la mano, y decidme cómo os va en esta ciudad, que huelgo mucho de veros, y tambien al buen Gil, porque hemos estado cui-

dadosas mi madre y yo de las vidas de ambos.

=¡Ay señora! la atajó el religioso enternecido y con las lágrimas en los ojos. No he tenido dia ni hora buena desde que vivo con estos perros reducido á la mas indigna esclavitud. Hácenme trabajar como á un gana-pan en compañía de este vuestro criado que algunas veces se compadece de mí y me ayuda á conllevar la carga. Hemos caido en poder de un renegado, matador del Rey Sancho, llamado Vellido Dolfos, que asi nos manda cavar la tierra y acarrear agua, como si nos diera un gallipavo.

=¡Pobre fray Lázaro! intercederé por su paternidad, y veré si puedo conseguir que le trasladen á palacio. ¿Y tú, Gil, que dizes?

= Nada puedo añadir á lo dicho por su reverencia, contestó Diaz, sino que no es posible haber dado en manos de amo mas perverso y descomulgado que el nuestro. Pero todo se puede llevar con paciencia á trueco de haber visto á su merced, que lo tengo á mas dicha que si me hubieran redimido de este cautiverio ó infierno en que estoy metido. Su merced tenga entendido que como no ponga la mano en este asunto, y nos saque de poder del mastinazo de Vellido, que pueden ya aparejarnos la mortaja y llevarnos á enterrar segun la vida que pasamos. No hay dia que no nos hunda á latigazos el señor Dolfos, dejando nuestras costillas tan blandas como manteca. Tras esto nos da á comer un queso mas duro que si fuera hecho

de argamasa, y un jarro del suave licor de este rio, que no parece sino que somos ranas, segun lo remojados que nos pone.

Rió Elvira del buen humor de Gil, que á pesar de sus desdichas no daba el rostro á la tristeza, sino las espaldas, procurando como mejor podia divertir las penas y espantarlas, segun decia de continuo. Regalóles la doncella algunas joyas de poco valor, para que las trocasen por dinero y tuviesen algun ligero socorro mientras permanecian esclavos del traidor Vellido. Mucho gusto dieron las joyas al escudero por entender que con ellas podria adquirir algun zaque de dulce vino con que enjuagarse la boca. A fray Lázaro le pareció que debia conservarlas para rescatar el penoso trabajo de algunos dias,

que como no estaba acostumbrado á él le ponia á las puertas de la muerte. Ofrecióle el criado con la alegría de sus futuras zancadillas hacer báculo del jarro, y si no daba de costillas trabajar por él dos ó mas veces. En esto le pareció que era ya hora de regresar á casa para ahorrarse algunos palos de Vellido; y despues de dar gracias á Elvira, añadió: = Ruego á su merced que no me ponga en olvido en esto de sacarme del mal paso en que estoy, porque por vida del siglo de mi abuela que me arroje de cabeza al rio, si no consigo escapar de las garras del Lucifer regicida.

= Asi haré, le interrumpió Elvira: y por ahora aconsejo á ambos que no pierdan tiempo, y vean de llegar lo mas pronto posible á su

amo, no sea que les escueza la tardanza.

Despidiéronse pues Gil y fray Lázaro, y cargando el bondadoso escudero con los cántaros, principió á caminar á largos pasos hácia su morada, prometiendo en su ánima de dar un maravedí de misas á San Pedro el dia que se viese en libertad. Mas apenas hubieron andado un corto espacio, cuando su amo los puso como nuevos, dándoles de los bellacos y mandrias, de suerte que estaban de ver los rostros compungidos de los pobres esclavos que guardaban profundo silencio sufriendo con paciencia aquella nube de dicterios. Mirábalos de lejos la hija del Cid con sentimiento, y mas de una vez hubiera corrido á interceder por ellos con Vellido, si hubiera podido

vencer la repugnancia que le inspiraba el cobarde y desleal asesino del caballero del Armiño, cuyo castigo reservaba para tiempo oportuno.

Tornó pues al escaño del limonero en el instante en que se acercaba Abenxafa con aire melancólico, mirando tierna y apaciblemente á Elvira que agitada por el temor de la escena que ella misma deseaba, parecia la mas hermosa de las gracias ó la lindísima deidad de aquellos aromosos prados. Saludóla con gracia el árabe, y la convidó á pasear la vega en un momento en que el encendido globo de la luna se veía á lo lejos saliendo de las aguas del mar. Púsose en pie la hija del Cid, y aquel enhiesto cuello, aquel talle esbelto y formas griegas, aquel gentil donaire y soberana magestad can-

saron una impresion demasiado viva en el pecho del musulman. Conoció la cristiana la influencia que egercian sus deliciosos encantos en la mente del tirano, y aprovechando la oportunidad, dijo con apacible tono: = Paréceme que no estais ya tan irritado conmigo, y que puedo suponer no me caberá la infausta suerte que me destinabais.

Pronunció estas palabras con tanta dulzura y tan encantadora sonrisa, que Abenxafa se creyó trasportado al paraiso del Profeta, y dominado por una conmocion que no era en su mano contener, dobló una rodilla esclamando: = ¡Bendiga Alá tus hermosos labios! ¡Ah! al cielo plazca que el primer instante de ventura que gozo no tenga oculto acibar. ¿Rayará un dia en que me

miren esos ojos con ternura? Bella Elvira, el sol es á mi vista oscuro y desapacible comparado con el fulgor de tu frente y los atractivos de tu tez. El color de tu rostro me parece un lirio desleido, y tus labios ambar: exhala tu aliento una fragancia aromática que me deleita y enloquece, y hay en ti un no sé qué sobrenatural que es facil sentir, pero no esplicar. Mas ¡ay! ¡eres para mí una rosa cercada de espinas!

Rióse la doncella castellana de las apasionadas razones del moro, y le respondió: = Bien mostrais, Abenxafa, quien sois en los elogios que me habeis prodigado, pues á buena cuenta me echais encima todo un jardin con el sol que le florea. Bien sé que no es grande cosa mi persona, y que vosotros los árabes subís

al último cielo de la alabanza la menor ventaja que reconoceis en nosotras. Pero si tan perfecta os parezco, ¿como despreciais tanto esas perfecciones que quereis entregarlas á vuestros esclavos para que las envilezcan? ¡Ah! yo me complacia en creer que la generosidad tenia cabida en vuestro pecho, y que nunca seriais capaz de atormentar á una debil muger que por las niñas de sus ojos no osaria causaros el menor daño.

Elvira hablaba en un tono triste, y en la apariencia apasionado, que de todo punto trastornaba el juicio de Abenxafa, absorto y estasiado con lo que oía, sin atreverse á dar crédito á sus propios sentidos.

= Perdona, celestial belleza, dijo el agareno, que el dolor de con-

siderarme aborrecido de ti pusiera en mis labios palabras que no estaban en mi corazon. ¿Yo envilecer á la que tanto amo? ¿A la que con una mirada plácida me vuelve loco de contento y forma las delicias de mi vida? Mira, es tierno mi pecho como el vástago recien nacido, y el amor es el deleite supremo á que aspira: ¿por que te has de negar á mis ruegos, y has de rehusar hacerme feliz? Tenia para mí que la dicha residia en los tronos, y á fuerza de heroicos sacrificios logré encumbrarme al solio que ocupo. Pero ¡ay! en vez de gozar de ventura, en vez de encontrar en él la suave alegría que esperaba, solo sinsabores y tormentos me rodean. ¡Los solios! ¡Si supieras el esplendor que arrojan vistos desde le-

jos lo que se torna! Vil polvo, que removido por el viento forma nubes y tormentas que de continuo amenazan la frente de los miseros seres que los ocupan. Déjame pues buscar en tus ojos la verdadera felicidad, y solazarme de las penas que acibaran mis dias al abrigo de tu sobrehumana belleza: déjame probar unas gotas de célica ambrosía.

=¿Y puedo esperar de vos, contestó Elvira, que dejareis vivir en paz á mi adorada madre, y que sus dias serán puros y tranquilos como la corriente de ese rio? ¡La amo tanto! ¡Me cuidaba en mi niñez con tanto esmero! Aun recuerdo aquel felice tiempo en que quedándome yerta por el frio que se esperimentaba en Burgos tomaba la bondadosa Ximena mis heladas manecitas, y me

las calentaba entre las suyas. Por el amor de vuestra propia madre, por el cariño de alguna hermana á quien apasionadamente estimeis, os suplico que hagais recaer sobre mí los pesares que hayan de entristecer á la dulce mitad del alma mia. ¿Nunca ha empañado vuestros ojos una lágrima de gratitud vertida á la memoria de la apacible infancia y del obgeto que entonces se señorea en la mente humana? ¿Nunca os ha enternecido la imagen de la que os apretó tantas veces contra su seno, alimentandoos con la sangre de sus venas?

La hija del Cid conocia bien los resortes del corazon, cuando para conmover mas y mas á Abenxafa traía á su imaginacion unos obgetos, á los que son sensibles las fieras

mismas. Y escitada la ternura en un momento en que los encantos de Elvira obraban tan mágicamente en sus potencias, no podia menos de surtir el efecto que se proponia la doncella. Afectado el árabe estraordinariamente, y lleno de una indefinible fruicion desconocida para su impetuoso caracter, la interrumpió diciendo: = Son tan dulces tus palabras y tan tiernos los sentimientos que de tus rubios labios manan, que temo que el placer que me causan me embriague y anonade. ¡Feliz una y mil veces el siervo de Alá á quien tus ojos miren con interes!

= Tengo que pediros un favor, continuó la hija de Ximena. El religioso que nos acompañaba cuando llegamos á esta ciudad y un escudero mio lloran el mal trato y peor

condicion de Vellido Dolfos de quien son esclavos: os suplico que les permitais habitar con nosotras, y servirnos en vez de los que ahora tenemos.

=¿Pues hay mas, la atajó Abenxafa, que mandarles venir á tu presencia, y hacer de ellos lo que te viniere en gusto? ¿Habrá en Valencia alguno que tenga en tan poco precio su existencia, que rehuse obedecer tus soberanas órdenes? Pero dime, bellísima nazarena, ¿serás tan bárbara que no pagues mis afectos? ¿Me amas?

La castellana se paró, y mirándole entre blanda y grave, le dijo: =Sabed Abenxafa, que las doncellas cristianas aunque arda su pecho en amor, uno dicen los labios y otro piensa el corazon. A los hom-

bres de ingenio toca leer en los ojos y en las obras de sus damas si son amados ó aborrecidos.

Dicho esto volvió las espaldas, y mas ligera que el zéfiro cuando recorre y mece los rosales de un jardin, se encaminó al palacio á referir á su madre la plática que acababa de tener con el tirano musulman. Las sombras habian recorrido ya las espesas faldas de los lejanos montes, y una noche hermosa y clara con los rayos de la naciente luna convidaba á los adoradores de Mahoma á disfrutar la apacible frescura de las orillas del sosegado Turia.

CAPITULO OCTAVO.

La fiesta de toros.

Atónito, alborozado y con los ojos brillantes de dicha, subió á sus reales aposentos Abenxafa fatigando su imaginacion con halagueñas esperanzas y dulcísimas memorias. Y como á un bien cierto ó imaginado sigue por lo comun otro de mas precio, halló en su estancia un mensagero del rey Juzeph Tephin que le ofrecia pasar de Africa con numeroso egército á Valencia para arrojar de sus contornos al Campeador, y destruir y aniquilar sus haces. Vino

como anillo al dedo tan alegre nueva al musulman para que se diese á entender que todo rodaba en derecho de su fortuna, y que dentro de algunos dias seria el mas dichoso, el mas nombrado, el mas aplaudido y el mas poderoso monarca de la tierra. Henchido pues el colmo de sus deseos, y reventáudole el gozo por los cabellos, como suele decirse, acordó celebrar con públicas demostraciones de alegria el regocijo que le causaran tan prósperos sucesos. Y asi dió orden para que en el siguiente dia se dispusiesen pandorgas y fuegos en la ciudad, y se preparase una corrida de toros que en magnificencia, galas y lucídísimo concurso venciese á cuantas se habian tenido en los presentes y pasados tiempos. Porque dejándose do-

minar por su carácter de los primeros ímpetus de la cólera ó de los hechizos de la fortuna cuando le adulaba, era siempre juguete de las pasiones cuya exaltacion enardecia de todo punto su mente. Ya blando y apacible era todo amor y almíbar entre las damas, y ya iracundo y frenético mostraba la rabia del tigre á los que osaban contradecir sus caprichos semejante en su inconstancia al tortuoso curso de un río que ya se arrastra por entre prados de flores, retratando en su fondo las copas de los árboles, y ya corre impetuoso por barrancos y despeñaderos plateando sus aguas con la rabiosa espuma que arroja al derrumbarse.

En tanto las apuestas castellanas recibian repetidas pruebas de su res-

petuoso homenage, concediéndoles un absoluto dominio sobre los criados del palacio, despues de haber recobrado al virtuoso fray Lázaro y al donoso y alegre Gil Diaz. Entretenia Elvira con gentil gracia y halagueñas palabras al árabe que á guisa de perfecto enamorado, no solo se armaba de paciencia, sino que subia de quilates sus adoraciones accesible al espíritu caballeresco de los españoles que ella se daba traza de inspirarle. Bendecia Ximena el ingenio de su hija, que sin faltar un punto á su decoro ni á lo que á su alta clase debia supo trocar tan abiertamente la suerte de ambas, pasando de un estremo á otro. Solo fray Lázaro á pesar de deber su libertad á la travesura de la doncella no aprobaba el plan establecido: por-

que si algun defecto podia achacarse á este varon, era el de querer entrometerse en todos los asuntos con el recto fin de que se gobernasen las señoras por sus consejos.

Habia entre tanto pandorgas y vistosos fuegos por las noches en la plaza, que podian ver desde su aposento Ximena y su hija: mas Abenxafa las habia exigido palabra de asistir á los toros, cuya fiesta no podia tardar en celebrarse, y la que Elvira esperaba con impaciencia por un presentimiento secreto que no acertaba á descifrar. Los árabes que habitaban en Valencia regocijados con la esperanza de que seria corto el asedio que sufrian, se entregaban á los placeres del momento, y todo prometia, segun los preparativos, que habia de ser concurrida y bri-

hasta la próxima fiesta. Disponian las lindas moras estrenaban y variados trages, en los que pensaban lucir sus ricos corales y nívea perlas, al mismo tiempo que las manolas preparaban sus preseas y recamados pendones, y las cifras, lazos y matices que habian de significar sus amores y secretos pensamientos.

Frente mismo del palacio y á la orilla del rio elevaron un espacioso circo con hermosas graderías al rededor y entapizados miradores, en los que el arte apuró sus galas y maestría. Ostentábase en el estremo opuesto del toril un rico pabellon oriental de tela de Persia recamado de rubíes y amatistas de estremado valor, en cuya cima se descubria un ancho liston enlazado con este mote: A LA MAS LINDA DE LAS HOURIS.

Estaba destinado para las hermosas cristianas, y ornado con delicadas alfombras, pebeteros, pomos de olor y espejos. Bajo de éste y con asiástica pompa brillaba el trono dispuesto para Abenxafa, en el que competian á la vez el gusto, la sencillez y la riqueza maridados de un modo mágico y asombroso. Un toldo de seda de color azul cubria la plaza, impidiendo á los rayos del sol que penetrasen, y tornando su claridad muy semejante á la deliciosa luz de la luna, cuya transformacion sorprendia agradablemente la vista en tan diáfana mañana.

Lució por fin el deseado dia de popular regocijo, y al incierto fulgor del alba principió ya á concurrir numeroso pueblo, llenando las graderías con zambra y algazara.

[illegible] su [illegible] [illegible] [illegible]

ellas al soslayo y burlando la vigilancia de sus madres ó señores pagan aquellas miradas con suaves sonrisas, entreabriendo sus labios muellemente, y dirigiendo suspiros á sus alegres amantès.

Suenan las voces del impaciente gentio al acercarse el momento de la lid, mientras las dulzainas y alelíes anuncian la llegada de Abenxafa acompañado de su corte y de una brillante guardia de lanceros que se colocan á las puertas del circo para dar mayor realce y magestad á tan popular regocijo. Pero de repente se descorren las cortinas del magestuoso pabellon, y aparecen las soberbias castellanas vestidas de negro y salpicadas de resplandecientes perlas, tan galanas y hermosas que pasman los sentidos. Una media dia-

dema de brillantes y rubíes se levanta sobre la cabeza de Elvira, dividiendo en luengas y rizadas crenchas sus negros cabellos: y es tal la multitud de aureas cruces y doradas patenas que se mueven sobre su pecho, que parece una ascua de oro ó una mazorca de perlas. Detras de su asiento está de pie Gil Diaz vestido tambien de gala y rebosando alegría por ojos y labios, porque ha prendado tanto con sus chistes á la hija del Cid, y sabe hacerla olvidar tan á su gusto los pesares que la entristecen, que no consiente que se separe un solo punto de su lado.

Vuélvense los agarenos á mirar á la matrona y á la doncella de Castilla, y las valencianas agitan sus pañuelos saludando á la vez á la que ha de ser su señora; exhalan los

pebeteros, y vierten pomos de olor entre tanto que los hombres embelesados con sus gracias las prodigan los mas cariñosos títulos. Pisan al punto la arena los valientes gladiadores con sencillos vestidos de seda los ginetes y un velo carmesí en la mano, y los de á caballo cubiertos de bruñido acero y ricas preseas, mostrando en sus pendones, adargas, escudos y libreas de variados matices el color favorito de sus damas y las cifras de sus nombres. Aquel es el garzon Abdelcadir de rubia barba y azules ojos, el mas diestro y famoso en cañas y en sortija: oprime los lomos de una yegua alhazana mas veloz que el viento; y encarámase sobre su rojo bonete la media luna de brillantes, llevando pintada en el escudo una paloma con

el letrero que dice: ASI ES MI AMANTE. Síguele de cerca Aliatar montado en soberbio caballo pio, cuyas crines y larga cola barren la arena al dar vueltas y escarceos por la plaza, y se ufana el moro sobre la bella cubierta de campo que engalana el espaldar del animal: vése en su escudo un leon muerto con este arrogante mote: TROFEO ES DE MI LANZA. Abenozmin, Tarfe, Audalla, Almanzor y Abenaja cabalgan en generosos brutos ondeando al viento recamados pendones, y meciendo sus hermosos plumages en los que se descubren los opuestos colores del iris.

=Ahora me libre Dios del diablo, dijo Gil á Elvira, como no valen una grazna todos esos malandrines por mas que vistan telas de brocado

de mas de diez altos. Paréceme que los ha de despolvorear el toro á las mil maravillas, y que asi saben ellos alancear como mi abuela. ¡O bellaco de mí, y si asomara por esas puertas mi amo, como luciria su continente con mejor gracia que esos señores moros, ó me habia de pelar las barbas. No, pues repare su merced las caras que les pone el miedo que no parece sino que hayan visto ánimas ó les sigan brujas: cátatelos pidiendo la venia con mas corcoba que un cinco, y haciendo mas arrumacos que una vieja.

=Pues no carecen de donaire, respondió Elvira, amigo Gil: al menos aquel caballero rubio tiene una cara como el oro, y á buena fe que no faltará alguna dama que le repute un digecito de esmeraldas: ni el

otro moreno, de frente despejada y ojos negros que blande la lanza con tanta gallardía tiene tacha que podamos ponerle. Por el contrario, si el aliento corresponde á la esbeltez de su talle, no haya miedo de que nos durmamos en esta corrida que promete á mi entender ingeniosas suertes y admirables azares.

=Allá lo veredes, contestó Gil: por lo que á mí toca las que su merced llama rubias crenchas, son á mis ojos cerdas de cola de buey bermejo: y el otro carilindo y trigueño da muestras y claros indicios de ser tan valiente cuanto le dé Dios mejor ventura á mi amo en el primer combate.

La militar armonía de las trompas y atabales suspendió este coloquio, porque todos clavaron los ojos

en el bravo animal que salió del toril mas ligero que un halcon, desembarazando la plaza de los diestrísimos ginetes, quienes dejando entre sus astas enredado el purpúreo velo saltaban de un brinco la barrera con increible agilidad y sereno pecho. Levantaba el toro la cabeza sacudiendo hácia atras la delgada tela que le tapaba los ojos, y tornaban los lidiadores á azuzarle y entretenerle con diversas suertes. Aplaudia el pueblo la destreza de unos, y animaba á otros con picantes sales é improvisadas agudezas que aumentaban la general alegría, y hacian asomar la risa á los labios.

Tuerce Abdelcadir las brillantes riendas, alza el galope, y se encara con el toro con la lanza en ristre: acométele la fiera, y con seguro pul-

so y noble maestría le hiere el mozo con el agudo rejon tras la oreja izquierda. Rompen los aires mil gritos de algazara y bulliciosos plácemes, y se suceden unas á otras las habilidades de los lidiadores haciendo alarde de su pujanza, de su arrojo y de su perfecto conocimiento del arte. Tiñe la arena la sangre de las fieras y de sus perseguidores, y las remilgadas damas vuelven los rostros ó se entregan á imprevistos desmayos, movidas de la compasion que las inspiran los galanes. Refocílase Gil con la caida de los sarracenos, y solo le pesa de que el cobarde Vellido no haya querido ensayar sus fuerzas para haber tenido el gusto de verle medir los aires enarbolado en la cabeza de las crueles alimañas. Censura á troche

y noche cuanto hacen y cuanto hablan los moros llevado del odio nacional que les tiene: y quisiera verlos á todos siete palmos bajo tierra, sin que pueda tener á raya esta enemistad, á pesar de ser bondadoso y blando de suyo.

Ximena permanece triste y sin atender al bullicio, entretenida con las sabrosas memorias de su esposo á quien tantas veces admiró en los cosos de Castilla, alanceando las fieras que nacieron en las riberas del Jarama. Recuerdos tan plácidos agitan suavemente su pecho, y al considerar que se halla separada del dulce obgeto de sus amores sin poder en sus brazos significarle el conyugal cariño en que arde, asoma á sus ojos una lágrima. Adviértelo Elvira, y adivinando el secreto pesar

de su adorada madre, le dirige una mirada de consuelo, y le aprieta la mano en señal de que conoce la causa de su afliccion, y que participa de ella sin poder remediarla.

El marcial sonido de un guerrero clarin disipa súbitamente tan tristes pensamientos: anuncian los porteros la llegada de un paladin cristiano armado con sola su lanza que solicita permiso para lidiar un toro. Otorga Abenxafa mal de su grado esta gracia por dar gusto á Elvira, y elévase al punto un clamor de admiracion en el circo, cual si hubiese aparecido en las nubes alguna celestial vision. Levántanse todos en las graderías, y crece el volcánico tumulto á medida que se descubren las negras plumas que agita el viento sobre el alto creston de la celada.

Penetra el caballero á galope con la visera caida haciendo resonar sobre su peto de oro una hermosa cruz del propio metal, y revolviendo con presteza las riendas de plata, da una vuelta por el palenque, y saluda con respeto á Abenxafa y á las cristianas que le corresponden con graciosos ademanes. Es su soberbia armadura rica por demas: atraviesa su peto una negra banda de terciopelo: y campean en el escudo dos palomas volando, la una hácia oriente y la otra hácia ocaso, sosteniendo en sus picos los cabos de una lazada, cuyo nudo á pesar de la distancia no se deshace: bajo de tan ingeniosa imagen de la ausencia: se lee; ELLAS SE REUNIRÁN. Monta un generoso caballo alhazan, tostado, con cabos negros, larga co-

la recogida en las descarnadas piernas, pequeña cabeza, dilatadas narices y encendidos ojos: y blandea una lanza de ébano con la punta de acero.

Dió al verle un salto el corazon de Ximena, porque no era posible desconocer un solo instante al gallardo bavieca, ni olvidar la cruz que envió á su esposo por medio de Don Diego Ordoñez de Lara, ni menos dejar de adivinar lo que significaba la empresa del escudo. Púsose en pie la matrona toda conmovida, y no atreviéndose á dar crédito á la misma verdad, preguntó á Gil Diaz: =¿Conoces quien sea ese arrogante paladin?

=¿Si le conozco? respondió el escudero. Mas que á mi madre y mas que á mis ojos. ¡Válgate Satanas por

el hombre, quien le habrá puesto en el magin tamaño disparate! Ved ahi á mí amo cercado de perros enemigos, que si llegasen á reconocerle, asi le dejarian volver en paz y libre, como por los aires. ¡O mal aconsejado caballero! ¡y como te ha de pesar haber entrado de hilo en esta maldita ciudad! Oste puto, allá darás rayo.

=¿Y no se halla, dijo Elvira, el buen Gil con ánimos para salir á la liza y acorrer á mi padre en caso de necesidad? Porque no es de esperar de un escudero de sus partes, que deje perecer á su señor á ojos vistas sin haberlas con alguno de los traidores que le embistan.

=Cosa es para dormir sobre ella, replicó el criado, porque vive Roque, que me harian pepitoria en un

ofrecerle á una de las castellanas. Pregunta indignado el iracundo monarca á cual de las dos cristianas desea presentar la prez que ha conseguido en aquella lid, y oyendo que á Ximena, concede el solicitado favor. Mas vienen las negras sospechas de tropel á turbar su tranquilidad: dase á entender que tan bravo adalid no puede ser otro que el héroe de Vivar, y opinando que si aprisionaba á aquel caballero daba fin á la guerra, comunica secretas órdenes á los cortesanos, y sonrie alborozado con tan vil alevosía.

Entre tanto el invicto Campeador sube al pabellon de su esposa, y postrándose abrazado á sus rodillas, esclama: = ¡Te veo, adorada Ximena! ¡Eres tú, dulce Elvira! ¡Ah! ¡cuan deliciosos son los peligros cuan-

do se arrostran con la esperanza de disfrutar tan feliz momento!

= ¡Rodrigo! responde Ximena. ¿Has podido olvidarte asi de tu propia existencia, y entregarte á una muerte indudable? ¡Con que podrá pagarte mi corazon tan heroicos sacrificios y tanto amor! ¡Oh, el mejor de los esposos y el mas sensible de los padres! Indignas somos nosotras de imprimir nuestras huellas donde tú has pisado: porque las virtudes de tu alma solo pueden compararse al esplendor de tu gloria.

= Ximena, replicó el Cid, no gastemos estos cortos momentos en vanas esclamaciones, y dime: = ¿Como se porta ese tirano con vosotras? Sabia yo la fiesta que iba á celebrarse en esta ciudad, y he enviado al salir el sol a un disfrazado mensagero

para que me avisara si asistiais ó no vosotras. Ha regresado por puntos participándome la feliz nueva de que podia veros con solo asistir á la lucha, y he volado en alas del cariño.

= Mira, Rodrigo, contestó la matrona, al ingenio de tu hija debes el no vernos encadenadas y envilecidas por ese bárbaro musulman. ¡Ah! ¿cuando clavarás el santo estandarte en los muros de esta ciudad?

= Muy pronto, esposa mia. Pero no puedo dilatar un instante mi partida, porque los infieles nos observarán con cautela. Adios, caras prendas de mi alma: el cielo quiera acelerar nuestra union. Besó Elvira la mano de su padre con ternura, y le dijo: = Id, padre mio, y tened siempre presentes los riesgos que nos cercan.

Descendió el de Vivar con presteza del pabellon, y saltando sobre Babieca, dió gracias con corteses ademanes á Abenzafa, disponiéndose á tomar la vuelta del campamento. Pero cuando iba á salir por la puerta del circo, levántase la voz de *muera*, y caen de cien en cien los enemigos sobre el arrojado paladin. Rodrigo se defiende con serenidad y corazon valiente: grítales que son unos cobardes, traidores y malandrines que acometen á un caballero que se ha fiado de su buena fe, y que no tiene mas armas que su lanza. Hieren los aires las saetas con rasgado silbo pasando por los oidos del Campeador, y este cercado por todas partes, sin salida y abrumado de la multitud, principia á desconfiar de su suerte. Revuelve las rien-

das á una y otra parte, corre, atropella, desbarata, hace prodigios de valor; y el generoso Babieca, á pesar de las heridas que le molestaban galopea desalado cual si adivinara el apuro de su señor.

Las desgraciadas cristianas tiemblan con aquel espectáculo, y piden á voces que dejen partir libre al guerrero de la cruz, ofreciendo á los sarracenos sus joyas, ¡mas todo es inutil! La lanza de Rodrigo se ha roto en mil pedazos en la refriega, y se contenta ya con oponer una defensa debil con el escudo. Animados los traidores con este golpe, creen segura su victoria, se arrojan con nuevos brios, y no hay nadie que dude del éxito del combate.

Precipitáronse en esto dos sarracénos al medio de la pelea saltando

por encima del tropel, y se colocaron al lado del Cid: el mas joven dió un acero al héroe, mientras el anciano hablando con los agarenos, les dijo: = Por la tumba del Profeta juro que es indigno de llevar turbante el vil traidor que acometa á un hombre indefenso que viene de paz: y que el acero de El-Hakim Hamete ha de traspasar su despreciable corazon. Si alguno de vosotros desea ser en batalla con el Campeon cristiano, hiérale solo, y cuerpo á cuerpo: pero que miles de alfanges amenacen la vida de un guerrero valeroso cualquiera que sea su culto, eso no lo consentirá un anciano, cuyas canas han nacido con honor. ¿Quereis, descendientes de Agá, perder en un dia la reputacion de tantos siglos? ¿Quereis que

la maldicion del Profeta reduzca á cenizas esta ciudad?

A estas palabras se suspende el combate, y divididos los ánimos en contrarios pareceres, piden unos que se permita á Rodrigo salir libre de Valencia, y otros gritan que se ponga fin á la guerra prendiéndole. Cual suelen las encrespadas olas hinchadas por opuestos vientos levantar dos montañas de agua que bramam con furor, se lanza una sobre otra, y despues de haber luchado en vano corren por los mares atronando las vecinas playas; no de otro modo los encarnizados bandos que ha producido el discurso de Hamete vienen á las manos encendidos en ira y en despecho. Mientras protegen su retirada los partidarios de El-Hakim, llega el Cid á la puerta

del circo acompañado del joven moro que se lanza como un rayo contra la guardia, y abre paso con su desesperacion y arrojo al héroe de Vivar. Es tal el continente, la pujanza y la bravura del incógnito caballero del Armiño, que bajo el disfraz de árabe defiende al Campeador, que los soldados musulmanes le tienen por Mahoma, que enemigo de la traicion ha descendido del paraiso á libertar al Cid. Por otra parte el valor de este que ha tendido á tantos guerreros por el suelo, y el terror que ha logrado inspirarles acaba de desconcertar á la guardia de Abenxafa, y huyen despavoridos los agarenos, retirándose á los cuarteles en polvoroso desorden.

Rodrigo de Vivar seguido siempre del paladin del Armiño, pisa por ú-

timo la vega del Turia que está fuera de los muros, y dice al valiente joven: = ¿Quereis seguirme, noble sarraceno, á mi campo, donde pueda recompensar debidamente los sacrificios que os cuesta mi libertad?

= Estan ya recompensados, respondió el joven, con la satisfaccion de haber cumplido mis deberes: el honor no me permite abandonar una ciudad donde corre gravísimo riesgo la vida de mi bienhechor El Hakim Hamete. Vuelo á su lado: y si alguna memoria quereis conservar de mí, acordaos de los paladines en cuyos escudos campea un animal del color del ampo de la nieve.

= Por San Lázaro, gritó el Cid, que es el caballero del Armiño, y debia haberle reconocido por su prodigioso heroismo.

Pero ya el incógnito habia desaparecido de su vista corriendo al circo en busca de Hamete, á quien halló sano y tranquilo aguardándole con mucho remanso: porque desde el instante en que salió Rodrigo por la puerta de la plaza, habia cesado la pelea por faltar el obgeto que la causaba. El-Hakim mandó retirar al caballero á su casa, y con sosegado ademan y largos pasos se dirigió á la estancia de Abenxafa que habia regresado ya á palacio, y que juraba derramar la sangre de Hamete.

= El inocente, esclamó al entrar, dice el Profeta, se presenta á su Juez con la frente erguida y los ojos brillantes; y el Juez le escucha sin fruncir las cejas, ni mover los labios: porque el tribunal de la jus-

ticia es impenetrable para las pasiones.

Estos acentos pronunciados en tono grave reprimieron algun tanto la cólera del tirano que preguntó: = ¿Y como podrá sincerarse el siervo del Profeta que ha arrebatado la victoria de mis manos? ¿Sabes cuanta sangre hubiera ahorrado á los adoradores de Alá la prision del caudillo nazareno?

= El profeta, replicó Hamete con firmeza, abomina la traicion, porque su cimitarra resplandeció siempre en la primera fila del egército, y á nadie hirió en la espalda. Yo juzgué que el grande Abenxafa abriria sus brazos al verme, y me daria las gracias por haber estorbado con peligro de mi propia vida el que sus vasallos cometiesen un crimen detes-

table á los ojos del hombre de honor. Mas facil fuera tornar á la teñida lana su primera nieve, que lavar la mancha odiosa que iba á caer sobre vuestro manto de púrpura. ¿Que pais hay tan bárbaro y tan distante del sol donde sea permitido encadenar alevosamente á un héroe que solo y desarmado entra en la ciudad entregado á la fe musulmana? Creedme, gran Monarca: el que se sienta capaz de hollar asi las leyes sacrosantas de la humanidad y del pundonor, es un cobarde, es un monstruo indigno de alzar sus ojos al paraiso del Profeta. Si mi franqueza os desagrada, aqui está mi cabeza, ruede á vuestros pies en premio de haberos librado de la ignominia.

— Hamete, contestó Abenxafa, si

otro que tú hubiera desobedecido tan á las claras mis órdenes, entre la confesion de su delito y su muerte no hubiera mediado un aliento: pero te debo la vida, porque me curaste milagrosamente las heridas que saqué del último combate que tuve con el infame cristiano del Armiño, y esto basta para embotar los filos de mi justa cólera. Una sola pregunta debo hacerte: = ¿quien es el osado sarraceno que peleó al lado del Cid, y cuyo furibundo acero fue terror de mi guardia?

= Ignoro su nombre y su clase, respondió sin faltar á la verdad el anciano. Si he de dar crédito á opiniones vulgares, su valor rayó tan alto, que no siendo el Cid, como no era, se le debe reputar un obgeto mas que humano. No faltan en la

ciudad guerreros que afirman haber visto brillar su frente y haber reconocido al inmortal Profeta: pero os ruego, Rey generoso, que desprecieis estas quimeras, porque al fin las hablillas, hablillas son.

= ¿Y donde existe ahora ese prodigioso soldado? ¿Por que se oculta?

= No lo sé: semejante al meteoro resplandeció un momento, y ha desaparecido sin dejar rastro alguno de su existencia: y esto es admirable, cuando vuestros centinelas aseguraron haberle visto entrar segunda vez en la ciudad, despues de acompañar á Rodrigo un buen espacio de los muros.

= Hombre tan estraordinario, repuso Abenxafa, no puede ser sino un mágo encubierto que anduvo encantando con ensalmos á mis tropas;

y juro por la cabeza del diablo, que la hourí que ha de presentarme la copa de la inmortalidad no me será tan grata como gusto me daria el verle dar saltos por el aire colgado de una rama de los árboles que se levantan á orillas de ese rio. Hamete, ten mas cuenta de hoy en adelante con tus acciones, si no te es indiferente mi amistad: y dí á los musulmanes que regalaré una estatua de oro de las dimensiones y altura del encantador al que me le presente vivo ó muerto.

Concluida esta oferta volvió la espalda á El-Hakim, que harto contento de la buena suerte que le habia cabido, se encaminó á su aposento á abrazar al denodado caballero del Armiño.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

CAPITULO PRIMERO. *Las ruinas de Sagunto.* . . . . . PÁG. 1
CAPITULO SEGUNDO. *Doña Sol.* . . 25
CAPITULO TERCERO. *Doña Elvira y su amante.* 60
CAPITULO CUARTO. *El juramento patriótico.* 93
CAPITULO QUINTO. *La noche de luna.* 127
CAPITULO SEXTO. *Un presente de sangre.* 167
CAPITULO SEPTIMO. *Las palabras dulces.* 207
CAPITULO OCTAVO. *La fiesta de toros.* 245